

Llamados a Ser Santos

Ruth Paxson (*Convención de Keswick*)

“A todos los... amados de Dios, LLAMADOS A SER SANTOS” (Rom. 1:7).

“LLAMADOS A SER SANTOS CON TODOS los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo...” (1ª Cor. 1:2).

“NOS HA LLAMADO DIOS... A SANTIFICACIÓN” (1ª Tes. 4:7).

I UNIÓN CON CRISTO

En la invitación que fue extendida para esta Convención leí el siguiente pensamiento: «La nota sobresaliente de los mensajes será una llamada a la vida de Santidad, “**Sed santos, porque yo soy santo**” (1ª P. 1:16)».

¿Quieres ser santo? Tal vez algunos de nosotros nos encontremos derrotados y queremos ser cristianos victoriosos; nos veamos esclavizados y ansiamos la libertad; estemos espiritualmente cansados y anhelamos reposo; estemos desalentados y busquemos paz; estemos tristes y queramos gozo. Pero ¿nos damos cuenta de la iniquidad excesiva que radica en nuestras vidas, de tal manera que el clamor más profundo de nuestros corazones sea por alcanzar santidad en lo interior?

Seamos sinceros con nosotros mismos. Debemos haber venido a esta ‘Convención de Keswick’ para buscar algo definido. Debemos haber venido conscientes de una necesidad real. ¿Qué es lo que buscamos o necesitamos? ¿Buscamos santidad? Eso es lo que Dios quiere darnos más que ninguna otra cosa. Él quiere que permanezcamos en la victoria, en la libertad, en el descanso y gozo, y Él ha provisto cada una de estas bendiciones para nosotros en el Señor Jesucristo. Pero sobre cualquier otra cosa quiere *que seamos santos*. ¿Con qué espíritu participamos de este deseo de nuestro Señor?

En la Escritura la palabra sinónima de ‘santidad’ tiene todo que ver con la preciosa palabra ‘santificación’. Escuchemos lo que Dios nos dice en relación con su voluntad y llamamiento.

«**Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación**» (1ª Tes. 4:3).

«**Porque no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a *santificación***» (4:7).

Cristo oró por nuestra santificación:

«**Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad... Y por ellos Yo me *santifico a Mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad*** (por medio de ella)» (Jn. 17:17-19).

Esta fue la dádiva que Dios ofreció en el don del Espíritu Santo como nuestro Santificador.

«**Debemos dar siempre gracias a Dios... de que **Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la *santificación por el Espíritu y la fe en la verdad*****» (2ª Tes. 2:13).

En Efesios, donde encontramos las verdades más profundas que nos son dadas en toda la Palabra de Dios acerca de la relación del cristiano con Cristo, la palabra favorita para designar al cristiano es 'santo'. ¿Te gusta que te llamen así? Cada uno de nosotros es, en la presencia de Dios, un pecador o un santo. Es posible que algunos de nosotros nos ofendiéramos en gran manera si alguien nos llamara 'pecador'. Pero ¿nos ofenderíamos de la misma manera si nos llamaran 'santo'? Tenemos que ser una u otra cosa. Ser llamado santo supone una gran responsabilidad en ti y en mí. Por eso el Señor, Cabeza de la Iglesia, llama santos a todos los que se han unido a Él y han sido hechos parte de su cuerpo.

Si somos santos, debemos vivir la realidad de tal vida. Este era el propósito de Dios con nosotros antes de que existiera el mundo o alguno de sus habitantes.

«**Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos...**» (Ef. 1:4).

Amigo, considera lo que afirma el Señor: «**antes de la fundación del mundo**». Si estás en Cristo, fuiste escogido para ser santo, tan santo como es Él que te imparte esa vida.

La verdad de la santificación se enseña con tanta claridad en la Palabra de Dios como la verdad misma de la salvación. Es una verdad gloriosa y, no obstante, temida. Es una palabra preciosa, y, sin embargo, es esquivada. Hay dos o tres razones que pudieran motivar esta manera de proceder. Una es nuestra ignorancia del significado de la santificación, según Dios lo revela en su santo Libro, y por ello estamos llenos de prejuicios. Otra, las enseñanzas erróneas que algunos dan sobre esta gloriosa verdad, y, por lo tanto, vivimos en continuo temor. En ninguna parte de la Palabra se nos enseña que la santificación signifique la extirpación de la vieja naturaleza pecaminosa, de tal manera que no sea posible que pequemos más, y mucho menos que seamos librados de la presencia del pecado. Otra razón es que la santificación, según las Escrituras, exige mucho de nosotros y, por lo tanto, nos resistimos a esta verdad. No estamos dispuestos a romper por completo con el pecado, permitiéndole obrar en alguna parte de nuestra vida. Nuestro proceder pone de manifiesto que no queremos ser totalmente santos.

¿Cuál es el significado bíblico de la palabra santificación? El significado primordial es el acto de separar por completo alguna persona o cosa para el servicio de Dios. ¿No es esto hermoso? Si en verdad somos cristianos, ¿no es eso lo que queremos, ser completamente separados para Dios, separados para ser su absoluta posesión? El completo dominio y uso exclusivo del Señor Jesucristo de nuestras vidas es el significado primordial de la palabra «santificado».

También tiene la palabra otro significado: lo que pertenece a Dios debe ser como Dios. Debemos ser santos porque Él es Santo. Dios - el Padre Santo; Dios - el Hijo Santo; y Dios - el Espíritu Santo, moran en el cristiano (Jn. 14:23). ¿No es esa una razón suficiente para que seamos santificados, completamente separados para Dios, hechos santos como Dios mismo es Santo?

¿Pero tal santificación, la que produce la santidad de vida, es la norma de la iglesia actual? ¿Oímos hablar mucho de una norma de esta índole en la iglesia de hoy? ¿Hemos adoptado cada uno de nosotros, como cristianos, tal norma? Por el contrario, en el pueblo de Dios encontramos una norma de vida muy baja. Alguien que enseñaba una clase bíblica pidió una definición de lo que es pecado. Uno de los estudiantes dijo: «Esa es una definición muy difícil de dar hoy día, porque lo que considerábamos pecado hace veinticinco años no lo consideramos hoy como tal.» Es lamentable, pero evidentemente es la realidad. Hay mujeres cristianas que se visten hoy de manera como hace veinticinco años se hubiera considerado una ofensa a la moral. La esposa de un ‘ministro’, después de una reunión, habló a una mujer no convertida para que se entregara a Cristo el Salvador. Ella le contestó: «No quiero ser cristiana, pero si llegara a serlo, nunca me presentaría en la ‘casa de Dios’ vestida como usted está ahora». Esta norma baja del estilo de vida es la causante de la condición actual de la iglesia.

Encontramos también una norma mixta en la iglesia. Hay personas que son ‘fundamentalistas’ en cuanto a su creencia, pero su conducta no cuadra con su profesión religiosa. Conozco una mujer que cree en la verdad de la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, y lleva una vida bastante arreglada. No frecuenta las típicas atracciones del mundo, pero, sí, fuma. Esta mezcla de normas entre cristianos que creen en la Biblia, pero que la practican sólo en parte, es otra de las razones que explica la carencia de santidad y poder en la iglesia de hoy. Por lo tanto, tenemos que volver a la Palabra de Dios y al Señor para obtener una norma de lo que es la vida cristiana según el plan suyo. Escuchemos las palabras de nuestro Señor en la última conversación con sus discípulos, antes de ser crucificado:

«Yo soy la vid, vosotros los pámpanos: el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto, porque separados de Mí nada podéis hacer» (Jn. 15:5).

La estrecha e íntima naturaleza de la relación del cristiano con Cristo se pone de manifiesto en las palabras: **«Yo soy la vid, vosotros los pámpanos.»** Esta relación revela y abarca una triple norma de vida:

«Vosotros en Mí» —Unión con Cristo;

«Yo en Vosotros» —Semejanza con Cristo;

«Mucho Fruto» —Plenitud de Cristo.

Daremos tres mensajes en estas reuniones para señoras, los cuales girarán alrededor de este triple tema:

Unión con Cristo por ‘santificación posicional’;
semejanza con Cristo por ‘santificación progresiva’; y
plenitud de Cristo por ‘santificación personal’.

Unión con Cristo por Santificación Posicional **«El que permanece en Mí»** (Jn. 15:5).

La preposición «en» es la palabra más grande de toda la Biblia. Generalmente, nuestra mayor preocupación en la vida cristiana gira alrededor de lo que somos, pero ***dónde estamos*** es de mayor importancia aún, porque dónde estamos determina lo que somos. **«Vosotros en Mí»**

precede a «**Yo en vosotros**». El pámpano debe estar en ‘la vid’ antes de que pueda producir fruto. De modo que, **¿dónde estás hoy, mi amigo?**

Dos Trinidades

La Biblia nos muestra dos posiciones en las cuales se puede encontrar el ser humano, una es la posición del pecador, la otra es la del santo. Para ser cristianos, tenemos que pasar de una posición a la otra. Las dos posiciones son radicalmente opuestas. La Escritura revela con marcada claridad estas dos trinidades que estudiaremos por medio de una ilustración.

SATANÁS tiene su reino. Cristo lo dice. En su pasaje bíblico se contrasta el reino de rebeldía, que se estableció contra el reino de Dios. Él es un traidor que pretende usurpar el lugar de Dios en el gobierno del universo y en la adoración de los humanos. Él es «**el príncipe de este mundo**» y «**el dios de este siglo**». Él es el enemigo de Cristo y el adversario de los cristianos.

EL MUNDO es la antítesis de la ‘Ekklesia’. La mejor definición de la ‘Ekklesia’ es la que se nos da en la epístola de los Efesios, donde se revela como ‘el cuerpo de Cristo’. ¿Qué es el mundo? Es el cuerpo de Satanás. Es la sociedad humana sin Cristo. Es la humanidad no regenerada, en cautiverio y bajo el dominio de Satanás. «**El mundo entero está bajo el maligno**» (1ª Jn. 5:19). Esta palabra de Dios pone claramente de manifiesto la posición del mundo: Está en Satanás.

LA CARNE es todo lo que uno es **sin** Cristo. Tal persona sólo tiene la naturaleza pecaminosa que tuvo su origen en Satanás y que entró en Adán cuando él cedió a la tentación de ‘la serpiente’ en el Edén. La carne es el espíritu satánico en el mundo.

Dediquemos ahora unos momentos para estudiar la otra trinidad.

EL CRISTO. Él es la Cabeza del Reino De Dios; Aquél a quien ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Cristo es el Salvador del mundo, que ha sido exaltado para ser Señor sobre el universo y Cabeza de toda la Ekklesia. Cristo es el Siervo de Dios y el Salvador de los hombres.

LA EKKLESIA. ¿Has considerado a la Ekklesia meramente como la congregación local a la cual perteneces? Algunas veces me han preguntado si yo pertenezco a «La Iglesia». Pero en Estados Unidos donde yo vivo no existe Iglesia estatal. Por supuesto todos allí creen que su ‘denominación’, a la que pertenecen, es ‘La Ekklesia’. Bien ¿entonces qué es la Ekklesia? ¡Sólo hay una!

«**Lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Ekklesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo**» (Ef. 1:22-23). La Ekklesia es una comunidad divina en Cristo. Es la humanidad regenerada bajo la posesión, dominio y uso del Señor Jesucristo.

EL ESPÍRITU. Es el mismo Espíritu Santo que moró en Cristo y le llenó y capacitó cuando Él vivió y trabajó en la tierra. En el día de Pentecostés el Espíritu fue enviado a morar en cada cristiano que forma parte de la Ekklesia y a llenar y capacitarle.

Enfrentamiento Total

Estas dos trinidades son absolutamente opuestas la una a la otra. Satanás es la misma personificación del mal y del odio. Sus nombres y obras ponen esto de manifiesto. Él es «el maligno», «el adversario», «el tentador», «el padre de mentira», «el homicida», «el engañador», «el ladrón», «el acusador de los hermanos», «la vieja serpiente», «el dragón». Todo lo que él es y hace es una expresión de odio hacia Cristo y hacia el cristiano.

El mundo participa de la naturaleza de Satanás, según lo que dice el mismo Cristo: «**No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a Mí me aborrece, porque Yo testifico de él, que sus obras son malas**» (Jn. 7:7).

«**Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece**» (Jn. 15:19).

La carne es mala e implacable antagonista de Dios. «**Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden**» (Rom. 8:7). Cada cual tiene dentro de sí un traidor de Dios. Es la terrible naturaleza pecaminosa, cuya esencia es hostilidad para con Dios.

Pero considerando la otra trinidad, encontramos que Cristo es la misma personificación de la santidad y del amor. Todos sus nombres y obras lo ponen de manifiesto. Él es «el Santo y el Justo»; «el Buen Pastor»; «el misericordioso y fiel Sumo Sacerdote»; «el Pan de Vida»; «el Salvador del mundo», etc. Todo lo que Él es y hace es la expresión del amor a Dios y al hombre.

La Ekklesia participa de la misma naturaleza de Cristo y Él vive en ella ahora por medio del Espíritu Santo, para hacerla santa y amante como Él es. Un día se la presentará a sí mismo perfecta en santidad y sin tacha.

«**Nosotros todos... somos transformados de gloria en gloria... como por el Espíritu del Señor**» (2ª Cor. 3:18).

«Para presentársela *gloriosa* para sí, *una iglesia que no tuviese mancha ni arruga*, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Ef. 5:27).

El Espíritu Santo, que es revelado como el Espíritu de amor en sus múltiples actividades.

Dos Cuadros

Tenemos dos cuadros delante de nosotros. Uno es el de la vida dominada por el diablo, conformada al mundo y centralizada en la carne. El otro es el cuadro de la vida gobernada por Cristo; conformada a Cristo y centralizada en Cristo. Y son cuadros de colores. Uno es la interminable y oscura medianoche que presenta la peor ruina, que termina con la muerte. El otro es la luz de un mediodía sin la menor sombra, que promete la mayor redención y cuyo resultado es la vida eterna.

Querido amigo, ¿en cuál de estas dos trinitades te encuentras? Tienes que estar en una o en otra, porque no hay otro lugar donde situarse. No hay lugar intermedio entre estas dos posiciones. Tú te encuentras o en la trinidad de la cual Satanás es la cabeza, el mundo la personificación, y la carne la expresión; o te encuentras en la trinidad de la cual Cristo es la Cabeza, la Ekklesia la manifestación, y el Espíritu Santo el poder. ¿Dónde estás situado en este momento? Esta es la pregunta más importante con la cual todo mortal se ha de confrontar durante toda su vida. ¿No te confrontarás con esta pregunta ahora para contestarla?

Una cosa, y sólo una, determina dónde te encuentras. Esta es tu relación con el Salvador y Señor crucificado, resucitado, levantado y exaltado. Para hacer posible nuestra salvación y santificación, fueron necesarios dos derramamientos de parte de Dios, el derramamiento de la sangre del Salvador en Calvario y el derramamiento del Espíritu del Señor en Pentecostés.

La Sangre del Salvador

La sangre del Salvador es la que salva y santifica.

«**Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre**»
(Apo. 1:5).

«Por lo cual también **Jesús, para santificar al pueblo por su propia sangre,** padeció fuera de la puerta» (Hb. 13:12).

Sólo la sangre salva. ¿Confías para tu salvación en algo tuyo, en la moralidad de tu carácter, en tus buenas obras? ¿O confías en los sacramentos y ordenanzas de una iglesia? ¿O en sus sacerdotes? ¡Hay una sola cosa que nos salva y esa es la sangre de Jesús derramada en la cruz del Calvario!

Es la sangre la que santifica. Ella nos separa del reino de Satanás. Ella nos crucifica al mundo y el mundo a nosotros. Y ella nos liberta de la esfera de la carne.

La crucifixión de Jesucristo puso fin a la vieja creación y nos separó por completo de todo lo que pertenecía a ella. Puso a un lado todo menos a Cristo. Colocó a Cristo como Salvador en el mismo centro de la vida cristiana, haciendo a Cristo céntrico al cristiano.

El Bautismo en el Espíritu Santo

Después del Calvario vino Pentecostés. Los creyentes en el aposento alto fueron bautizados con el Espíritu Santo; y la Ekklesia, el cuerpo de Cristo, fue formada. Cada creyente fue unificado con Cristo y con los otros creyentes por medio de este bautismo. La fuente de la plenitud de la vida de Cristo fue abierta y cada uno bebió y se llenó. Desde aquel día en adelante, y a través de los siglos, toda persona que ha depositado su fe en la sangre del Salvador, ha sido bautizada con el Espíritu Santo en este único cuerpo (1ª Cor. 12:13). Tal persona ha sido hecha una con Cristo, y la plenitud de la vida de Cristo ha sido hecha suya potencialmente.

Es el bautismo del Espíritu Santo el que santifica. Él nos separa para Cristo, la Ekklesia y para sí mismo. Pone a un lado todo lo demás por Cristo. Pone a Cristo como la vida de nuestra vida y el Señor de nuestra vida, y hace al cristiano una persona que es conformada a Cristo y gobernada por Él.

A la luz de estas conclusiones, ¿dónde te encuentras espiritualmente? Quiero que esta pregunta penetre hasta quemar cada corazón, para que, si hay aquí una sola persona que vive aún en la infernal trinidad de la tenebrosa medianoche de Satanás, el mundo y la carne, que no pueda dormir hasta que haya salido de esa condición, por poner su fe, de manera sencilla y determinada, en la sangre del Salvador.

La Cruz de Cristo, la Gran Línea Divisoria

La Cruz de Cristo es la gran línea divisoria. Ella hace una separación profunda e inequívoca entre la esfera de las tinieblas y la muerte, por una parte, y la esfera de la luz y la vida. La Cruz es la línea divisoria entre el reino de Satanás y el reino de Dios. Por su poderosa obra, son llamados los hombres de un reino al otro, obligando al pecador a hacer una elección.

¿Has respondido de corazón al llamamiento del Calvario? ¿Has cruzado la gran línea divisoria? ¿Has depositado tu fe en la sangre de tu Salvador? La contestación a esta pregunta determina no sólo la trinidad que escoges en el presente, sino también la que escogerás para la eternidad.

Tal vez la mayoría de los que nos encontramos en este lugar haya escogido venir a Cristo por el camino de la Cruz. Pero, amigos, es posible que tengamos una ligera apreciación de la Cruz de Cristo. Podemos colocar una cruz en la torre de una iglesia o colgarla en la pared de nuestro hogar; la podemos llevar como un adorno en nuestro cuello, podemos ponerla como

‘marcapáginas’ en la Biblia; pero es otra cosa permitir a la Cruz de Cristo condenar y cortar todas las cosas de la vida vieja, hasta que nos resulte imposible disponer conscientemente a dar lugar al diablo, o conformarnos al mundo en alguna relación de nuestras vidas, o permitir al «yo» enseñorearse aún de nosotros.

El Bautismo con el Espíritu Santo: la Fuente Abierta

¿Estás como cristiano, separado totalmente para Cristo? ¿Eres su absoluta posesión y vives una vida gobernada por Él? ¿Te confrontarás hoy sinceramente con esta pregunta?

«**Ni deis lugar al diablo**» (Ef. 4:27).

¿Le has dado lugar al maligno en tu vida? Si lo has hecho, ¿se lo quitarás deliberadamente y le darás ese lugar a Cristo?

«**No os conforméis a este siglo**» (Rom. 12:2).

¿Está tu vida en algún punto o en alguna fase conformada al mundo? Si descubres alguna conformidad de esta índole, ¿la reconocerás y te apartarás de ella, cueste lo que cueste?

«**Despojaos del viejo hombre...** y **vestíos del nuevo hombre**» (Ef. 4:22, 24).

¿Examinarás tu vida honradamente para ver si está bajo el dominio de la carne en cualquier aspecto? Caso que lo estuviere, ¿dejarás resueltamente a Cristo que te «despoje del hombre viejo» y te «vista del hombre nuevo»?

La pregunta ha sido hecha negativamente; hagámosla ahora positivamente.

¿Es Cristo la fuente de todo en tu vida, por lo que puedes juzgar? ¿Procede todo de Él? ¿Es Él el centro de tu vida? ¿Encuentras todo en Él? ¿Es Él el blanco de tu vida? ¿Están todos los intereses de tu vida en sus manos?

Amigos míos, la norma de Cristo encierra estos requisitos. No digáis que es una norma muy alta. No fui yo quien impuse tal norma para la vida cristiana. Fue el Señor Jesús el que la estableció. ¿Pero no somos nosotros los cristianos extremadamente egoístas si queremos recibir todas las cosas de Cristo para este tiempo y para la eternidad, y luego devolverle la menor cantidad posible de devoción? ¿Estamos dispuestos a aceptar y practicar esta norma de ‘Cristo, la Fuente de todo’; ‘Cristo, el centro de todo’; ‘Cristo, el blanco de todo’ para nuestras vidas?

Esto nos hará escudriñar nuestros corazones. Pero, ¿para qué hemos venido a la ‘Convención de Keswick’? Hermanos, no recibiremos de manera fácil la bendición que necesitamos. El camino que lleva a la santidad no es suave. ¿Estamos dispuestos a pagar el precio, llenando las condiciones, para obtener el premio? Cristo es algo para ti, ¿pero lo es todo?

Hay tres maneras de contemplar a Cristo. Podemos decir: «Sí, Él es mi Salvador, no me iría bien sin Él. No podría vivir sin Él, y seguramente tendría temor de morir sin Él. Debo tener a Cristo, pero quiero tener... *más.....*» Entonces después de la palabra «más», escribimos algo de esa ‘trinidad vieja’, la que aún deseamos retener, y la que aún consideramos esencial para nuestra felicidad. Cristo *no* es suficiente. Cristo *no* satisface completamente; por lo tanto, buscamos la satisfacción de alguna amistad o placer mundano, o en algún apetito o actividad carnal. Cristo y... ¿Es esa la condición en la cual nos encontramos en alguna relación con el Salvador? Si es así, reconozcámoslo sinceramente.

Tengo una amiga cristiana muy querida que es ortodoxa (es decir, cree toda la Biblia). Ella acepta y honra la Palabra de Dios, y con fidelidad la defendería de cualquier ataque. Cristo significa mucho para ella, pero *no* lo

es todo. Es Cristo y... el mundo, películas, por ejemplo. ¿No es lamentable tal condición espiritual? No tendremos películas en el cielo, gracias a Dios. Tendremos que pasar allí sin esto y sin otras cosas que - aquí en la tierra, a tales cristianos - parecen indispensables. ¿Será menor el gozo del cielo para ti al tener que dejar atrás estas cosas mundanas? Pero escuchad lo que nos dice Cristo acerca de este mundo de ahora:

«**No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo.** Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1ª Juan 2:15).

Dicen algunos: «Sí, tengo que tener a Cristo, pero... Él es mi Salvador y yo sé que ha cuidado perfectamente de mi pasado; pero por alguna razón no parece tener poder para atender a las necesidades de mi presente. *Él no es suficiente...*, en mis circunstancias, mi ambiente, mis sufrimientos y pruebas. Cristo no alcanza a resolver mi problema. Cristo no es suficiente...»

Encontrándome en los Estados Unidos, hace poco tiempo, hablaba con una mujer de negocios que anteriormente había desempeñado un cargo importante, y tenía depositado en el banco una suma considerable. También tenía a Cristo como Salvador. Le iba muy bien con sus tres posesiones. Pero perdió su puesto y luego sus ahorros. Me vino a ver muy abatida, con profunda depresión de espíritu. Le dije: «Pero usted posee aún a Cristo, y Él es suficiente para estos problemas y pruebas de la vida.» Ella contestó: : «Sí, tengo a Cristo, **pero...**», y se hundió en su desesperación. Hablamos durante media hora, pero ella permaneció en la condición en que estaba: «Cristo, sí, pero...» Él no era suficiente para resolver sus dificultades; resultaba incapaz para proveer a sus necesidades. ¡Oh, qué lastimado tiene que haberse sentido Aquel que es el Todo Suficiente!

Pero hay otra manera en la cual podemos contemplar al Señor. Sólo Cristo, y sólo Él, **es** suficiente para satisfacer el anhelo y la aspiración del corazón humano. Sólo Cristo, y sólo Él, es suficiente para cada necesidad del espíritu, del alma y del cuerpo; y para proveer para todas las demandas de mis circunstancias y ambiente. Cristo es suficiente en toda prueba, aflicción y pérdida. Sólo Cristo, sólo Él, es mi todo, y *en* todo. ¿Podemos decirlo? ¿Es Él todo esto para ti?

Para terminar, me perdonaréis al dar un testimonio personal que prueba la completa suficiencia de Cristo para proveer. Desearía mucho no tener que darlo, pero no rehúso hacerlo por esta razón: Muchas veces he oído a algunas personas decir: «Para ti sí es fácil ser buena, porque no tienes otra cosa que hacer que estudiar tu Biblia y predicar». Algunas veces me he imaginado, al poner delante de las multitudes la misma norma de vida que estoy presentando esta tarde, lo que algunos piensan: «Está bien que ella diga eso, pero es porque no se encuentra en mi lugar; no tiene que vivir en mi hogar con las personas pendencieras con quienes yo tengo que convivir. Está bien de salud y fuerte y no tiene que sufrir la enfermedad física que yo padezco. Yo sé que lo que ella enseña es la Palabra de Dios, pero no creo que sea aplicable a la vida diaria y práctica».

¿Se me permitirá testificar la oportuna e infalible suficiencia del Señor Jesucristo en las duras aflicciones y grandes pruebas? ¿Me haréis el favor de olvidar todo lo que tengo que decir de mí misma, y recordar sólo lo que se diga de la completa suficiencia de Cristo? Ese es el propósito que me mueve a dar este testimonio.

He estado muy enferma durante seis semanas, y solamente abandonaba mi cama por una o dos horas diarias hasta el jueves pasado, cuando, por primera vez, me levanté, me vestí y permanecí levantada todo el día.

Cuando recibí la invitación del señor Aldis, hace varios meses, para que dirigiera la palabra a ustedes aquí en Keswick, el Señor me dio la absoluta seguridad de que esta invitación era de parte *suya* y que era *su* voluntad que yo la aceptara.

Entonces me sobrevino un terrible ataque de asma, que me hizo padecer los mayores sufrimientos y debilidad física, los cuales, humanamente hablando, hacían imposible el ministerio de estas reuniones. Pero tanto yo, como otras personas íntimas que cooperan conmigo en la oración, vimos claramente que era un ataque satánico para estorbar el plan de Dios con estas conferencias. Satanás nunca quiere que se dé un mensaje que lo desenmascare, y que magnifique la sangre del Salvador. Pero la tentación de Satanás siempre tiene otro lado; y es éste: 'la prueba de Dios'. Al darnos cuenta que Dios permite la prueba, bien podemos atravesar el valle de la dificultad con victoria, porque sabemos que nuestro Señor Jesús es todo suficiente.

El jueves pasado experimentaba una asfixia que apenas me dejaba el aire para contestar una pregunta. Esta había sido mi condición física durante algunas semanas. Pero dije: «Tomaré a Cristo mi respiración». Lo hice y Él resultó suficiente. Parecía que la vida se escurría de mí y pensé: «¡Cristo es mi vida!» Y lo fue. Entonces mi fortaleza disminuyó a tal extremo que me parecía que no tenía suficiente fuerza para respirar una vez más u ofrecer una oración. Pero recordé la palabra que dice, que Él – Cristo - es mi fortaleza. Procedí según su Palabra, por la fe, y Él se constituyó mi fortaleza. Pero la obra más perversa de Satanás la experimenté en su esfuerzo por privarme de la canción - del regocijo - de corazón. Ustedes conocen el versículo, en Efesios 5:19, que dice: «Cantando y alabando al Señor en vuestros corazones». ¿De qué sirve tener aliento, vida o fortaleza, si uno no tiene un corazón lleno de gozo y alabanza? Por esto dije: «Tomaré a Cristo como mi canción», y Él resultó suficiente en aquella hora tenebrosa.

Una y otra vez, durante la noche, mientras me esforzaba por respirar, venían estas palabras a mí: «**Cristo es todo y en todo**», y, cuando Él es eso para nosotros, entonces Él es todo suficiente. Yo sabía que, si lo era para mí en aquella circunstancia, Él me capacitaría en todo sentido para que yo diera estos mensajes.

¿Recibirán ustedes este testimonio, nacido de la prueba y la tentación?
¿Creerán que Cristo es el todo suficiente Señor y Salvador? ¿Hay alguien aquí que está luchando contra alguna prueba grande en su vida física, alguna circunstancia en su hogar, en su experiencia espiritual, alguien que se disponga a creer que Cristo es más que suficiente para su necesidad?
¿Permitirás a Cristo ser todo y en todo para toda necesidad de tu vida?

Una palabra más: Dejar a Cristo ser tu todo, significa despojarte de todo aquello en tu vida que no tiene su aprobación. ¿Estás dispuesto a hacerlo para que Cristo ocupe el primer lugar en todas las cosas en tu vida, y para que puedas ser santo como Él es santo? Tú y yo hemos sido llamados por Dios a vivir esta clase de vida.

II SEMEJANZA CON CRISTO

Lo esencial para la santidad de la vida es fijar una norma para la misma, y vivir sin desviarse de ella. El Señor Jesucristo ha fijado esa norma para nosotros los creyentes:

«Yo soy la vid, vosotros los pámpanos: el que está en Mí, y Yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin Mí nada podéis hacer» (Juan 15:5).

El Señor nos muestra una triple verdad en esta norma: unión con Cristo, semejanza con Cristo, plenitud de Cristo. Meditamos ayer en nuestra unión con Cristo por la santificación posicional.

El pecador se encuentra viviendo en aquella negra e infernal trinidad de: Satanás, el mundo y la carne. El cristiano ha pasado - por vía de la Cruz, y por fe en la sangre redentora del Salvador - a una posición totalmente distinta, una esfera absolutamente nueva, una trinidad completamente nueva. Él está en Cristo, en la Ekklesia y en el Espíritu, y por esto Dios le llama 'santo'. Ha sido hecho uno con Cristo, por medio del bautismo del Espíritu Santo, quien, además, le ha hecho miembro del cuerpo de Cristo.

Dijimos ayer que la pregunta más importante que se le puede hacer a un ser humano, es esta: "¿Dónde estás situado?" En este momento te encuentras, o en aquella negra e infernal trinidad sobre la cual preside Satanás, o en aquella resplandeciente y gloriosa trinidad sobre la cual reina Cristo.

Si te encuentras aún en la trinidad de Satanás, ¿permanecerás allí? ¿O habrá alguien aquí esta tarde - aunque fuera una sola persona que no está en Cristo - que ponga su fe en la sangre del Salvador? Porque eso es todo lo que se necesita; en el instante en que lo hagas, te constituyes parte de Él y Él se constituye parte tuya, y en el acto comienza tu unión con Cristo por medio de la 'santificación de posición'.

Donde estamos, determina lo que somos. Por esta razón me presento ante cada uno de ustedes esta tarde con esta pregunta: ¿Qué eres ahora al encontrarte en Cristo? Considerémoslo.

Semejanza con Cristo por Santificación Progresiva

La declaración de esta verdad nos hace volver al capítulo 15 de Juan, con el cual estamos tan familiarizados. Unión con Cristo demanda semejanza con Cristo; el pámpano que está en la vid ha de llevar fruto. El pámpano que no lleva fruto es inútil y es quitado.

«Todo pámpano en Mí que no lleva fruto lo quitará» (Juan 15:2).

¡Qué pensamiento tan solemne es este para quien se considera un pámpano de la Vid verdadera!

El segundo pensamiento es que ningún pámpano puede llevar fruto de sí mismo. No hay absolutamente nada en el pámpano que pueda producir fruto; nada que sea del mismo pámpano, nada que pueda hacer el pámpano, lo hace capaz de producir fruto; sólo la savia de la vid es la que produce el fruto. Por lo tanto, lo que el pámpano tiene que hacer es **permanecer** en la vid.

«Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como él pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, **así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí**» (4).

El tercer pensamiento establece el hecho de que llevar fruto es una acción progresiva. Estos versículos ponen de manifiesto el pámpano «que **no lleva** fruto», el «que **lleva fruto**», el «que **lleva más** fruto», y el «que **lleva mucho** fruto».

«Todo pámpano en Mí *que no lleva fruto*, lo quitará: y todo aquel *que lleva fruto*, lo limpiará, *para que lleve más fruto*» (2).

«En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis *mucho fruto*, y seáis así mis discípulos» (8).

No hay nada estacionario o inmóvil en la vida espiritual; todo verdadero cristiano se mantiene creciendo en Cristo. El propósito de llevar fruto es para que Cristo sea glorificado. El pámpano no da fruto para glorificarse a sí mismo, lleva fruto para glorificar la vid. Pero solamente los pámpanos «que llevan mucho fruto», glorifican al Padre. Todo lo que no sea esto, aunque pueda traerle a Él gozo y serle agradable, no le glorifica plenamente.

Entonces surge la pregunta, ¿qué es fruto? Es Cristo en su manifestación externa; esto es, Cristo manifestado en todos los actos de la vida del cristiano.

«**Yo** en vosotros» y «Yo en **Él**» (4-5).

Estas palabras son muy sencillas; no obstante, tú y yo podemos leerlas muchas veces y no llegar a comprender la profundidad de su significado. Pudiéramos mirar este capítulo y decir: «No necesito leer estas palabras porque ya me son muy conocidas.» Aunque a primera vista parezca tan sencilla la verdad encerrada en estas tres palabras, toda la vida cristiana está comprendida en ellas: «**Yo** en vosotros.» Si quisieras subrayar una de estas palabras, ¿cuál sería? ¿el «vosotros» o el «Yo»? La dificultad estriba en que subrayemos el «vosotros», pero el «vosotros» es nada y el «Yo» lo es todo. Solamente cuando el «vosotros» se reduzca a un 'cero', literalmente a un 'cero', y el «Yo» - Cristo mismo - llene el cero hasta que sólo pueda verse el «Yo» de Cristo, podremos llamarnos verdaderos cristianos, según la norma establecida en Juan 15, «**Yo en vosotros**»: tú nada, sino meramente una casa de la cual el Señor Jesucristo ha tomado posesión, la gobierna y la usa.

Cristo mismo es nuestra santificación:

«Mas por **Él** estáis vosotros *en Cristo Jesús*, el cual nos ha sido hecho por Dios... *santificación*» (1ª Cor. 1:30).

Cristo mismo es nuestra vida:

«Cuando **Cristo, vuestra vida**, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con **Él** en gloria» (Col. 3:4).

La vida cristiana no es una vida meramente convertida; tampoco es una vida meramente consagrada; no es vida cristiana en ningún sentido..., a menos que sea la vida de Cristo.

Con mi reloj de pulsera puedo ilustrar claramente esta verdad. Ustedes pueden ver que es muy pequeño y sencillo. No está adornado con piedras preciosas, porque esto no es indispensable en un reloj. Hay una sola cosa para lo cual se ha hecho un reloj; el reloj en sí no es un adorno, sólo sirve para marcar el tiempo. Este pequeño reloj no me sería útil si no marcara bien el tiempo, porque tengo que tomar medios de transporte para viajar a las reuniones de conferencia. Lo único que me interesa de un reloj es que marque bien el tiempo, y ¿qué es lo que le hace marcar el tiempo? ¿Su

tamaño? ¿Qué sea hecho de oro o plata? En ninguna manera. Es la maquinaria que funciona en lo interior. ¿Qué es lo que se espera de un cristiano? ¿Qué sea un adorno? El cristiano tiene un valor exclusivo de utilidad en el mundo: revelar a Jesucristo, manifestar a Jesucristo en este tenebroso y pecaminoso mundo donde los hombres no le conocen, ni leen la Biblia donde le pueden encontrar. El cristiano es completamente inútil como tal, a menos que esté revelando a Jesucristo. ¿Y qué es lo que le capacita para revelar a Cristo? ¿Algo de sí mismo? Nada, sino la Persona que vive en su ser, el Señor Jesucristo: «**Yo en vosotros**». Es todo lo que Él pide de ti y de mí, que le permitamos revelarse en nosotros.

Cristo no solamente enseñó la posibilidad de la semejanza con Él por medio de la unión con Él, sino también oró por la misma. ¿Recuerdas las últimas palabras que Él quería que oyeran los que componían aquel pequeño grupo, que eran, en su mayoría, ignorantes pescadores, para que resonaran en sus oídos y corazones y no las olvidaran? Fueron éstas: «Yo en ellos». Y cuando ofreció aquella súplica, creo que expresó el más profundo deseo de su corazón para cada cristiano en todas las épocas: «Yo en ellos».

¿Ha sido contestada esa oración en tu vida y en la mía, de tal manera que al movernos entre las gentes no sea a vosotros a quienes vean, sino al Cristo vivo y glorioso que se revela en nosotros?

Pudiéramos decir que la norma es demasiado alta. Sí lo es, y ¿sabes lo que hacemos constantemente? Pedimos a Cristo que se fije en nuestras circunstancias, nuestro ambiente; que tenga en cuenta nuestras debilidades y enfermedades, y que baje su norma al nivel de nuestro modo de vivir; pues bien, amigos míos, Él nunca lo hará. Él nos ha traído a la Convención de Keswick con el propósito de elevar nuestra vida al nivel de su norma. ¿Le permitiremos hacerlo?

Hablaba el otro día con un hombre que me dijo: «No soy religioso, soy pagano». Entonces empezó a hablar de algunos seminaristas que conocía, y que salían a predicar por la mañana, y por la tarde regresaban para jugar a los naipes y para ‘tomar’, y dijo: «Esto no me parece propio; el cristiano debe ser como Cristo».

Aquel hombre confesó que era pagano, pero tenía una norma para los cristianos, la que aquellos jóvenes - que profesaban ser cristianos - no tenían para sí mismos. El mundo nos observa, amigos míos, y si profesamos la vida cristiana, el mundo dice: «Ellos deben vivir como Cristo, o de lo contrario no hacer profesión de ese ‘cristianismo’, por amor al Nombre de su Cristo».

El fruto de “Cristo en nosotros” se manifiesta con su vida glorificada. Pero hay muchos cristianos que más bien *empañan* con su testimonio la vida de su Señor. Mucho lamento tal condición espiritual. ¿Lo lamentan ustedes? A todo cristiano verdadero le agrada ver a otro que, con su testimonio, refleje la vida gloriosa de su Señor. ¿Eres uno de ellos?

El fruto de ‘Cristo en nosotros’ es su gloriosa santidad. Unamos estas dos verdades: ‘Unión con Cristo’: «**Vosotros en Mí**», y ‘Semejanza con Cristo’: «**Yo en vosotros**». Estas dos verdades son indivisibles e inseparables. Unión con Cristo implica una relación íntima con Él. Y el fruto de ella es la expresión de esa relación, que es Semejanza con Cristo. El llevar «mucho fruto» es la mayor expresión de Semejanza con Cristo; y Semejanza con Cristo es: ‘**Cristo en vosotros**’, y ‘Cristo en vosotros’ es ‘gloria manifestada’. ¿Estás en Cristo? Entonces ¿qué eres? ¿Eres como Cristo? ¿Estás llevando fruto?

¿Pueden otros ver a Cristo en ti? ¿En qué proporción produces fruto? ¿Solamente fruto, o **más** fruto, o **mucho** fruto? ¿Se darían cuenta los miembros de tu familia que eres cristiano, si no te vieran asistir en las reuniones? ¿Te conocerían tus amigos como cristiano, si no te oyeran testificar u orar? ¿Podría cualquier persona darse cuenta de tu íntima relación con Cristo al contemplar tu cara?

Amigos, la vida cristiana debe ponerse de manifiesto. Si Cristo vive en nosotros, debe notarse en la expresión de los ojos, en alguna huella de nuestro rostro; debe reflejarse en nuestro semblante la presencia de Cristo, glorificada en el interior de nuestro ser. ¿Conocerán otros que somos cristianos al escuchar nuestra conversación o por observar nuestro comportamiento diario? Cuando entras a un lugar, ¿da tu vida una impresión fría a los presentes, o los enfocas con la luz de Cristo, que llevas en tu alma? Un cristiano con la gloria de Cristo en su ser inunda con su luz —la luz de la presencia de Cristo en su interior— todo lugar donde se encuentre. ¿Es Cristo la vida de tu vida? Estoy segura de que todos queremos ser cristianos que llevemos fruto, que inundemos todo lugar donde nos encontremos con la luz de su presencia. Algunos han venido a la Convención de Keswick con el anhelo de descubrir cómo alcanzar tan gloriosa vida. Entonces, ¿cómo podemos vivirla? Semejanza con Cristo por ‘santificación progresiva’ demanda dos cosas de nosotros; primera: una real y verdadera relación con Cristo, nuestra Santificación; segunda: un verdadero ajustamiento o sumisión al Espíritu Santo, nuestro Santificador.

Una Real y Verdadera Relación con Cristo

Para ser como Cristo, es indispensable que entremos en una completa relación con Él. No basta ‘aceptarle’ como Salvador. Eso no es más que dar un primer paso en la vida cristiana. Debemos proseguir y permitirle ser la Vida de nuestra vida, y sobre todo, dejarle ser el Señor de nuestra vida. Leemos en el capítulo 5 de Romanos sobre las tres cosas hechas por el pecado. El pecado **entró**, el pecado **abundó**, el pecado **reinó**. El pecado *reinó*. ¿Te das cuenta de la fuerza de la palabra **reinó**? El pecado fue un dictador sobre tu vida y la mía; nos poseía, nos dominaba y nos utilizaba.

Pero ahora Cristo es nuestro Salvador, y nosotros estamos en Él. ¿Ha de reinar aún el pecado sobre nosotros? ¿Continuaremos viviendo en pecado? ¡Esto es algo inconcebible! ¿Quién, sino sólo Uno, tiene derecho a reinar sobre nuestro ser? Cristo, que fue hecho Cabeza sobre todas las cosas de la Ekklesia y del cristiano, debe tener absoluto dominio de nuestra vida. Sólo Cristo tiene ahora el derecho de poseernos totalmente, de dominarnos completamente, y de utilizarnos exclusivamente. Para poder hacer esto, Él tiene que ser el Señor absoluto de nuestra vida. Pero el pecado, aquel obstinado y antiguo dictador, persiste en sus demandas de dominio sobre nosotros a cada paso del camino y carrera de la vida cristiana. Pero ¿ha hecho Dios provisión para el destronamiento del antiguo amo, el pecado?

«Sabiendo esto, *que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él*, para que el cuerpo del pecado sea destruido, **a fin de que no sirvamos más al pecado**» (Rom. 6:6).

¿Qué quiere decir la palabra «destruido»? Quiere decir que el pecado queda incapacitado para obrar. Ha quedado fuera de acción. En términos modernos, se explica así: Que ha sido despedido de su empleo; que ha perdido su puesto, su dominio como dictador sobre tu vida y la mía, para «que no sirvamos más al pecado». Tenemos un nuevo Dueño, nuestro Señor Jesús, y a El sólo hemos de servir cada momento con toda la intensidad de nuestras facultades.

Una Elección entre Soberanos

Tú y yo somos llamados a elegir entre soberanos. Como pecadores, tuvimos que escoger entre el pecado y nuestro Salvador; ahora como cristianos, tenemos que elegir entre la soberanía del viejo amo - el pecado - y la del nuevo Dueño - Cristo -.

«No reine, pues el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias» (Rom. 6:12).

¿Has hecho esta elección? Si lo has hecho, ¿ha sido una elección definida y absoluta de Cristo como el único soberano de tu vida? Si no lo has hecho, ¿lo harás esta tarde?

Una Entrega de la Vida a Cristo como Señor

Habiendo escogido a Cristo como nuestro dueño, Él demanda y espera que nos sometamos a Él como **Señor** de nuestra vida.

«Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino **presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia**» (Rom. 6:13).

«Presentaos», espíritu, alma y cuerpo. Presentad toda vuestra personalidad a Cristo. ¿Lo has hecho? ¿Separaste tal vez parte de ella, diciéndole que es para Él, y qué la otra parte la reservaste para ti mismo?

«Presentad vuestros miembros.» Para que el cristiano no pueda tener algún lugar de escape, el Señor continúa diciendo que debemos presentar cada miembro del cuerpo: los ojos, los oídos, los pies, las manos, los labios, la lengua. ¿Lo has hecho? Pudiera ser que alguien aquí esté viviendo en derrota espiritual por causa de un miembro de su cuerpo que no ha sido presentado al Señor. Una lengua no presentada ¡qué incalculable daño puede hacer! Este es el mandato del Señor, que le entreguemos nuestro ser; ¿le hemos obedecido al pie de la letra? ¿Nos hemos entregado completamente a Él? Si no lo has hecho, ¿estás dispuesto a hacerlo en este momento?

Entonces tenemos que entregar cada cosa que tiene alguna relación con nuestra vida: todos nuestros hábitos, todas nuestras prácticas, todos nuestros apetitos, todos nuestros intereses y placeres, todas nuestras amistades, nuestro hogar, nuestras posesiones, nuestros familiares, nuestro dinero.

El año pasado, después de un mensaje sobre el siguiente tema: «La Consagración de la Vida a Cristo», un caballero vino a mí, y me dijo: «Señorita Paxson, esta noche he entregado mi vieja pipa al Señor. ¿No pueden ustedes imaginarse aquella vieja pipa? El Señor la había demandado de él, quizá muchas veces. Él pensó que se había sometido a esta demanda del Señor, pero la llevó a su casa y la guardó en su lugar acostumbrado. Lo que debió haber hecho con la vieja pipa fue arrojarla al fuego con todo lo relacionado a ella. Una entrega verdadera a Cristo, en cualquier sentido, significa romper por completo - y en el momento - con todo lo relacionado a la carne; pero cuando el caballero viera de nuevo la vieja pipa, ¿no sería tentado a tomarla, aunque fuera para una sola vez más, y dar otra fumada?

¿Has entregado tu vieja pipa? Puede que sea una cosa que no utilices mucho, pero que es algo - un deseo - que te domina en lo interior, del cual tú tienes el hábito de chupar, cosa que el Señor te pide que le entregues y que abandones. ¡Oh, esta es la vergüenza de muchos, aun de mujeres cristianas, hoy día! ¿Cómo puede uno distinguir a una mujer de la ekklesia - del cuerpo de Cristo - de otra que es del mundo, del cuerpo de Satanás, si está fumando un cigarrillo? ¿Qué se puede encontrar en ella que exprese su relación con la vida gloriosa de Cristo?

¿Cuál es tu vieja pipa, amigo mío? Te lo diré: Es aquella cosa que el Señor ha estado demandando de ti por semanas y meses, quizás años, y tú no le haces esta entrega; aquella pequeña e insignificante cosa que no tiene más valor que una chupada de la vieja pipa, y tú no estás dispuesto a entregarla en obediencia de amor al eterno Hijo de Dios, para que su gloria pueda ser manifestada en ti de manera creciente. Para eso te trajo Él aquí, para librarte de la vieja pipa. Yo no sé lo que esta pipa sea en tu vida, pero Cristo lo sabe, y tú lo sabes. Es aquello que te mantiene en derrota, y aquello que impide y estorba a Cristo manifestar su gloria en tu vida hoy. ¿Entregarás la vieja pipa al Señor Jesucristo? ¿Te entregarás tú mismo, tus miembros, todo lo que eres y tienes, al Señor, en este instante?

El Verdadero Ajustamiento al Espíritu Santo

La obra de la santificación sólo puede llevarse a cabo por el Espíritu Santo, el Santificador, aquella segunda dádiva otorgada en el día de tu conversión. En el momento en que fuiste relacionado o unido a Cristo por el maravilloso Espíritu Santo, en ese momento la tercera Persona de la Trinidad entró a morar en ti, y está en ti con un solo propósito: Glorificar a Cristo en tu ser. Consideremos sus distintas operaciones para realizarlo.

El Espíritu de Verdad que Ilumina

Como el Espíritu de verdad, Él nos ilumina para que podamos conocer lo que poseemos en Cristo y lo que Cristo posee en nosotros. La epístola a los Efesios habla de una doble herencia: la herencia de los santos en Cristo y la herencia de Cristo en los santos.

«Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos...» (Ef. 1:17-19).

El Espíritu de verdad nos otorga una revelación progresiva de Cristo y de nuestras riquezas en Él, de tal manera que una vez que le hayamos contemplado, le deseamos a Él y sólo a Él.

El Espíritu de Poder que Capacita

Como el Espíritu de poder, Él nos capacita para que podamos poseer lo que es nuestro en Cristo. Él es poder que opera en nosotros para hacer a Cristo una realidad viva en el interior y llenarnos de toda la plenitud de Dios.

«**Para** que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, *el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, ...para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Ef. 3:16-17, 19).

El Espíritu de poder obra una experiencia progresiva de Cristo en nosotros, como nuestra Vida y nuestro Señor.

El Espíritu de Santidad que Separa

Como el Espíritu de Santidad, Él nos separa del mundo. Nos muestra que no puede existir ninguna mezcla entre tinieblas y luz, ninguna amistad entre el mundo y la ekklesia. El Espíritu nos hace saber que cualquiera que es amigo del mundo es, en el concepto o la estimación de Dios, un adúltero, porque aquella persona ha quebrantado su 'voto matrimonial' con Cristo, constituyéndose enemiga de Dios.

«**No os unáis en yugo desigual con los incrédulos**: porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz

con las tinieblas? ... Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor...» (2ª Cor. 6:14-16).

«¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? **Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios**» (Stg. 4:4-5).

El Espíritu de Santidad obra progresivamente para separarnos de las cosas terrenales y del amor al mundo, y para despojarnos de todo aquello que no se origina en Cristo, quien debe ser nuestro centro y nuestro blanco.

El Espíritu de Vida que Impide

Como Espíritu de Vida, Él se opone a toda obra de la carne en lo interior. Aunque el cristiano no vive ya 'en la carne', la carne está aún en él y permanece en él, el resto de su vida terrenal. La carne hará todo lo que pueda para recuperar lo que ha perdido: su posición, su dominio y uso de la vida. Pero el maravilloso Espíritu de Vida mora en lo interior para impedir todos los ataques de la carne; y cuando permitamos al Espíritu Santo tener absoluto dominio, Él evitará que la carne tenga algún dominio y poder sobre nosotros.

«Porque la ley del *Espíritu de vida* en Cristo Jesús **me ha librado** de la ley del pecado y de la muerte» (Rom. 8:2).

«Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y *el del Espíritu es contra la carne*; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis» (Gál. 5:17).

El Espíritu de Vida en nosotros obra progresivamente impidiendo el dominio de la carne, y, mientras tanto, está coronando a Cristo como Señor de todo, en nuestra vida y obras.

El Espíritu de Gloria que Conformar

Como el Espíritu de Gloria, Él nos conforma a la imagen del Señor Jesucristo. Al libertarnos de lo terrenal, nos conforma a lo celestial.

«Nosotros todos, mirando a cara descubierta, como en un espejo la gloria del Señor, **somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor**» (2ª Cor. 3:18).

¡Qué perspectiva se nos presenta de nuestra santificación progresiva! Ser hoy como Cristo, pero ser mañana como Él en un grado mayor. Cada día podemos ver un nuevo toque de gloria añadido a nuestra vida, y una porción de semejanza a Él puede ser revelada a aquellos con quienes convivimos y trabajamos. El Espíritu de Gloria obra de manera progresiva para conformarnos a la imagen de Cristo, de gloria en gloria, para que crezcamos en Él en todas las cosas.

¿Y cuál es el resultado de la obra del Espíritu, nuestro Santificador?

La Realidad de la Santidad

Somos hechos cristianos, de los que llevan mucho fruto.

«Mas el *fruto del Espíritu es*: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (*dominio propio*)...» (Gál. 5:22-23).

Un maravilloso racimo cuyos frutos son inseparables. Nueve gracias maravillosas, celestiales y espirituales, que nos revelan la perfección del carácter moral de Jesucristo. Y estas gracias han de estar en nosotros por obra del Espíritu divino, en una hermosa simetría y creciente evidencia de la realidad de la vida de Cristo en el interior.

Pero con cuánta frecuencia vemos una vida que expresa una de estas características de manera notable, pero que tristemente, carece de las otras, resultando imperfecto el testimonio de su vida. En una conferencia en China, interpretaba mi mensaje una doctora. Era la china más corpulenta que he visto, y ella sabía amar en proporción a su estatura. Pero a la mitad del mensaje, que había producido convicción en su propia alma, me detuvo y confesó a las enfermeras que trabajaban bajo su vigilancia, el pecado de la ira, y de perder con frecuencia el dominio de sí misma. Ella podía amar, pero no tenía templanza o dominio propio.

Algunas veces podemos ver a un cristiano que soporta las pruebas o las aflicciones con notable paciencia y tolerancia; no abre su boca ante los inconvenientes que le sobrevienen, pero tiene una cara tan larga como su paciencia. Posee tolerancia o paciencia, pero no tiene gozo.

También nos encontramos con personas muy bondadosas, pero sus rostros están arrugados a consecuencia de sus preocupaciones y afanes. Tienen bondad, pero no tienen paz.

Hace poco tiempo, después de haber dado un mensaje, se me presentó una mujer que, inmediatamente, empezó a hablar de sí misma. A los dos minutos dijo estas palabras que me sorprendieron: «Espero que usted no crea que estoy alabándome, pero tengo éxito en todo lo que hago». Bien, no quise juzgarla, pero esto sonaba en mis oídos como alabanza propia. Continuó hablando de sí misma, y pronto volvió a referirse a sus éxitos. Era una mujer de fe, de sana doctrina, pero evidentemente carecía de modestia y humildad. Todo lo que recuerdo de aquella cristiana son sus frases de alabanza propia. Esto me hizo meditar, y hacerme esta pregunta: «¿Qué impresión harán en otros mis conversaciones?» Este es un asunto solemne. ¿Hemos atraído la atención de otros a nuestra persona, o a la de nuestro Señor glorificado? ¿Hay algo en ti y en mí que valga la pena, que tenga algún valor? ¿No debe el Señor tener toda la gloria en todas las cosas?

¿Pertenece a ese grupo de los creyentes que llevan mucho fruto? ¿Manifestamos el amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza, en una hermosa simetría y creciente evidencia?

III PLENITUD DE CRISTO

Hemos considerado en estas conferencias **la norma** que el Señor Jesucristo ha fijado para el cristiano, según la dio en la última conversación que sostuvo con sus discípulos en la tierra. Esta norma era, ni más ni menos, una vida semejante a la suya. Ellos habían de vivir como Él vivió, y trabajar como Él trabajó en este mundo. En otras palabras, ellos habían de vivir una vida sobrenatural. Pero ¿cómo podía ser tal vida posible para seres humanos y pecadores? En la definición de la ekklesia, dada en la epístola a los Efesios, encontramos la misma sublime y elevada norma.

«*La Ekklesia*, la cual es su cuerpo, **la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo**» (Ef. 1:22-23).

¡Importante verdad! «*La ekklesia, la plenitud de Cristo.*» «*El cristiano, la plenitud de Cristo.*» ¿Es este tu concepto de lo que significa ser cristiano? Tú, viviendo en tu hogar, andando por las calles de tu pueblo o ciudad, expresando cada momento la plenitud de Cristo. Una conducta cristiana así es la que establece la Palabra; «*la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.*» El Señor nos dice por esta palabra que es Él quien hace posible la vida que Él demanda de nosotros. Tal vida es posible, porque Cristo nos llena de su plenitud.

Pero cuando Él puso esta norma delante de sus discípulos, en la última noche de su vida terrenal, que pasó con ellos, notó sus miradas perplejas y la tristeza que embargaba sus rostros. Si ellos no habían podido vivir según esa norma, cuando eran guiados personalmente por Él, ¿cómo vivirían una vida tan elevada al haberse separado de ellos? Entonces les dijo cómo sería posible.

Sí, estaba por partir, pero les enviaría otro Consolador, Uno que no sólo morase *con* ellos, sino **en** ellos. «Y yo rogaré al Padre, y *os dará otro Consolador*, para que esté con vosotros para siempre...; porque mora con vosotros y **estará en vosotros**» (Juan 14:16-17).

Podían vivir la vida sobrenatural, porque iba a morar en ellos una Persona sobrenatural, cuya morada tendría un propósito, hacer la vida de Cristo una viva realidad en ellos.

El prometió enviar este maravilloso Consolador. Sin embargo, para efectuarlo, Él Mismo tendría que partir primero. Tendría que ir a la Cruz, entregando su preciosa Vida en la muerte, y bajar a las profundidades oscuras del Hades y de la tumba. Pero allí no podría ser retenido.

El Autor de la vida - siendo la misma Vida - rompió las cadenas de la muerte y se levantó de la tumba. Ascendió a los cielos y fue exaltado por el Padre, para ser Señor del universo, y Cabeza - sobre todas las cosas - de la Ekklesia. Como el Señor exaltado y glorificado, enviaría al Espíritu Santo, quien había morado en Él y quien le había llenado y capacitado con su poder, durante su vida terrenal, para que morara en los suyos, y los llenara y capacitara con el mismo poder.

La Plenitud de Cristo por la Santificación Personal

Llegó el día de Pentecostés, y el Espíritu Santo fue ‘derramado’, ‘bautizando’ a aquel grupo de creyentes, y unificándolos en el cuerpo de Cristo. Ahora, llenos del Espíritu Santo, nació la ekklesia cristiana. «**Y fueron todos llenos del Espíritu Santo**» (Hch. 2:4).

Este acto de Cristo — Cabeza de la Ekklesia — fijó la norma para la Ekklesia en su desarrollo a través de los siglos y para cada creyente. No es al final de nuestra vida cristiana cuando únicamente tenemos el privilegio de ser llenos del Espíritu Santo, como una señal de madurez espiritual, sino *al comienzo* de la misma. Sí, *en cualquier día*, después de haber sido bautizados en Él, y de haber sido unidos al cuerpo de Cristo por el nuevo nacimiento (1ª Cor. 12:13), podemos ser llenos del Espíritu Santo. Es el único medio de alcanzar un desarrollo completo en Cristo.

Amigos míos, ser llenos de Espíritu Santo es la norma de Dios para cada cristiano que se encuentre en esta localidad y en el universo entero. ¿Estás tú lleno? Los únicos cristianos normales que se encuentran aquí son aquellos que están llenos del Espíritu Santo. Pensamos algunas veces que esta es una experiencia espiritual *tan* extraordinaria, que la persona que está llena del Espíritu sea anormal. Pero es todo lo contrario. Les invito a considerar estas preguntas: ¿Es normal para quien está en Cristo, quien lo tiene morando en su interior, y en quien habita aquel mismo Espíritu que habitó en Cristo, que sufra constante derrota? ¿Es normal para tal persona vivir sin gozo o paz, sin poder o descanso? ¿Es normal para el cristiano llevar simplemente algún «fruto», cuando debe llevar «**mucho** fruto»?

Por lo tanto, no esperaré hasta el final de este mensaje para hacer esta importante pregunta: ***¿Estás lleno del Espíritu Santo?*** Podemos saber con tanta certeza si estamos llenos o no, como si estamos salvados o no. Hay condiciones que cumplir para recibir al Espíritu Santo y para mantener su plenitud morando en nosotros. Son condiciones que están tan claramente señaladas en la Palabra, como las que hay que cumplir para la salvación. Podemos y debemos saber cuales son.

Consideremos ahora cómo obtener esta plenitud. Lo haremos haciendo preguntas y dejando que la Palabra de Dios nos dé las respuestas.

¿Ha sido tal plenitud provista para mí?

El Espíritu Santo ha hecho nuestra la unión con Cristo, «porque *en Él (en Cristo) habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad: y vosotros estáis completos en Él*» (Col. 2:9-10).

Todos creemos esto, que en Él habite toda la plenitud de la Deidad, ¿no es así? Pero no podemos detenernos en esta verdad, pues continúa diciendo: «y vosotros estáis completos en Él». Nuestra posición en Cristo nos hace potencialmente participantes de la plenitud de Cristo. Dice la Palabra «*vosotros estáis completos*»; no dice: ‘estaréis completos’. En el momento que somos hechos parte del cuerpo de Cristo, se nos abre la fuente de toda plenitud. Tal plenitud ha sido provista para **cada** cristiano.

¿Es tal plenitud posible para mí?

Nuestro tema hoy es: «La Plenitud de Cristo por la Santificación Personal». ¿Es posible apropiarse personalmente de la plenitud provista? ¿Es posible para mí? Dejemos que el Señor nos dé la respuesta.

«Mas el que bebiere del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que el agua que Yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (Juan 4:14).

El agua, en las Escrituras, es un tipo del Espíritu Santo, según Cristo mismo lo interpreta en Juan 7:38-39. Cristo nunca es llamado “Agua de vida”, pero Él *da* el agua de vida a los que tienen sed y que se acercan para beber. Cristo *da* el Espíritu Santo a los cristianos. En este pasaje Él está prometiendo el don del Espíritu Santo.

«Será **en él** una fuente». Esa 'fuente' es la morada del Espíritu en el creyente, la que Cristo prometió a los discípulos:

«Una fuente de agua que **salte**»: brotando sin agotarse, sin poderse contener, saltando y rebosando. ¿No es esto plenitud?

«**El que bebiere del agua que Yo le daré.**» Nótese el alcance de esta frase; es bastante grande para incluirte a ti, si tienes interés en ser incluido. Cada vez que yo encuentro en la Palabra las expresiones «el que quiera», o «cualquiera», que van unidas a promesas que salieron de los labios de mi Señor, me apresuro a ser incluida en las mismas. ¿Quieres ser incluido en «*el que bebiere*»? Tú puedes, si quieres. ¿A quién fueron dirigidas estas palabras? ¿A la mujer más respetable, culta, educada y moral de Samaria? Muy lejos de esto. Sí, es posible que fueran dichas a la mujer más extraviada de toda la región. Piensa en esto: si tú o yo hubiéramos estado hablando con aquella pobre y pecadora mujer, le habríamos dicho: «Mujer, tienes que nacer de nuevo». A Nicodemo – del capítulo anterior –, el principal de los judíos, el caballero culto y talentoso, le habríamos hablado del agua de vida. Pero Jesús no procedió así. Él no hizo otra cosa, en su conversación con Nicodemo, que exhortarle a que naciera de nuevo, mientras que a esta mujer pecadora le ofreció el don de la plenitud del Espíritu Santo. También a ti se te ofrece, y a mí. No importa quien seas; ¿no es así?

«**No tendrá sed jamás.**» ¿Lo crees tú? Debes tener en cuenta que cuando Cristo dice «jamás», es «jamás». «No» es «no». Cuando tú y yo decimos «jamás», por lo general queremos decir algo como «casi nunca». Pero Cristo dijo: «No tendrá sed **jamás**».

¿Y qué significan estas palabras? Perfecta satisfacción en lo íntimo del corazón. ¿Lo crees? ¿Conoces a muchas personas que lo creen y que la tienen? ¿Cuántas personas vemos cuyos rostros parecen mostrar satisfacción de corazón? Amigos míos, si cada uno de nosotros, en este lugar, tuviera el rostro satisfecho, inmediatamente comenzaría un avivamiento. Tal rostro revelaría un corazón tranquilo, lleno de paz. La gente nos preguntaría cómo se pueda alcanzar esa paz.

Después de la primera conferencia, alguien me dijo: «¿Se fijó usted en la persona que estaba sentada, en uno de los asientos del frente, con el rostro radiante? Sentí que no me había fijado en ella, pero, pensando en esto más tarde, me impresionó que fuera una cosa tan extraordinaria, y más tratándose de la Convención de Keswick, cuando destaque una persona que tiene el rostro radiante. ¿Por qué no tenía cada creyente, en esa reunión, un rostro radiante, y que aquel - o aquella - de rostro triste, fuera más bien la excepción? ¿No le parece esto anormal y contraproducente?

«**El que bebiere del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás.**» Tendrá una perfecta satisfacción y suficiencia interna. No importa cuales fueren las circunstancias, o el ambiente, o la necesidad material o espiritual; Cristo es suficiente y más que suficiente. Sólo Cristo satisface; Él sólo puede satisfacer, porque la morada del Espíritu Santo llena la vida y hace a Cristo una realidad viva en lo interior. ¿Está Él haciendo esto por ti?

No sabría cómo contestar a cualquier persona que me preguntara si yo había estado en Keswick. He estado en el pueblo de Keswick, pero mi enfermedad, que me mantuvo recluida por algún tiempo en mi hotel, me incapacitó para asistir a las reuniones y recibir la bendición que vendría a mi corazón en la comunión personal con predicadores y amigos aquí en la convención. Sin embargo, ¿no he estado en Keswick? ¿Y qué significa Keswick? ¿Es sólo un pueblo? ¿O no es más que una gigantesca carpa o

tienda de campaña? ¿Es sólo una inmensa muchedumbre? ¿No significa más que la celebración de conferencias desde la mañana hasta la noche?

La Convención de Keswick, en su verdadero significado, es la presencia del Señor viviente, como una realidad gloriosa, manifestada por el poder del Espíritu Santo, morando en los creyentes. Si tú no has experimentado esto, no has estado realmente en la Convención de Keswick, aunque hayas asistido en cada reunión. Y si yo he experimentado en lo interior de mí ser este significado de la Convención de Keswick, entonces he estado en Keswick, aunque no haya podido asistir a otras reuniones, sino sólo a estas. Y si hemos experimentado la presencia del Cristo vivo, en un grado mayor que nunca, como resultado de una nueva 'visitación' del Espíritu Santo, entonces la Convención de Keswick ha de llegar a los confines de la tierra por los 'ríos de agua viva' que manarán de nosotros.

Recuerden que la mujer samaritana fue al pozo con un cántaro, pero, al volver a su pueblo, lo dejó atrás. Hay algunos cristianos que vienen a la Convención de Keswick con un pequeño cántaro que quieren se llene de agua de vida, esperando que les dure y sostenga hasta la próxima convención. ¿Eres tú uno de ellos? ¡Oh, deja aquí tu pequeño 'cántaro' y regresa con la convicción de que posees en tu interior una fuente de agua viva, que brota para vida eterna! Entonces puedes regresar al lugar más sombrío y desagradable, a aquellas pruebas intolerables en el hogar, en los negocios, o en el ambiente social en que te muevas, llevando contigo - y revelando - a Cristo en cualquiera de estas situaciones. Eso lo podremos hacer todos, si bebemos de esta agua viva hasta rebosar. No es el deseo de Dios darnos solamente un 'cántaro lleno' de bendiciones y algunas victorias, sino impartirnos la plenitud de Aquel que nos hace participantes de todas sus bendiciones y victorias.

Preguntará alguno: «¿Puedo yo también poseer esta plenitud de poder?» Porque algunos somos conscientes de necesidad, no sólo en la esfera del carácter cristiano, sino también en la esfera de nuestro servicio espiritual. Tenemos que reconocer una lamentable carencia de pasión y de poder para ganar almas para Cristo. Escuchemos otra vez las palabras del Señor:

«Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. *El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva*» (Juan 7:37-38).

«**Ríos de agua viva**»: No dice una pequeña corriente semejante a un arroyito, tampoco dice 'un río', sino «ríos», como el Amazonas, el Misisipi, el Yangtzé, el Nilo, o el conjunto de todos estos ríos.

«**Correrán**»: No estamos hablando de algo parecido al Mar Muerto, que recibe y recibe y recibe, luego retiene – inútilmente - las bendiciones de la 'Convención de Keswick'... Más bien, apuntamos al Río Jordán que, en su correr, refresca y renueva todo aquello con que entra en contacto. Ríos de agua viva, corriendo de la 'Convención de Keswick' a cada pueblo, villa, ciudad y país, representados en esta convención, de tal manera que todas las cosas se vivifiquen por dondequiera que el 'río' corra.

Hay plenitud de poder en la ekklesia llena del Espíritu. Encontrándome el año pasado en los Estados Unidos, pasé por algunos estados del norte, que habían sufrido terriblemente de los efectos de la sequía. El tren pasó por un puente largo, debajo del cual había una pequeña corriente de agua que serpenteaba por el cauce ancho de un río, que casi se había secado ¡Qué parábola tan viva era esta de muchas de nuestras ekklesias de hoy día! Edificios costosos, magníficos órganos, grandes programas, innumerables organizaciones, actividades casi todos los días de la semana, y a pesar de todo esto, tan pocas son las almas que se salvan y tan pocos son los

cristianos llenos del Espíritu Santo. Oh, ¿por qué será que la ekklesia, encontrándose en la actualidad mejor organizada y equipada que nunca, tenga tan poco poder? ¿Qué no ocurriría si de la Convención de Keswick cinco mil personas salieran con ‘ríos de agua viva’ manando de sus vidas? Ello significaría un avivamiento que se extendería hasta los confines de la tierra.

Plenitud de poder en cada cristiano lleno del Espíritu. Una mujer que asistía a una convención en Holanda, el verano pasado, fue llena del Espíritu Santo, y durante la semana de la convención, mientras se aprovechaba de las reuniones, ganó a cuatro personas para Cristo. Dos mujeres regresaron a sus hogares llenas del Espíritu Santo y con esta nueva y gloriosa bendición, dentro de seis semanas habían traído otras seis mujeres a participar de su experiencia de salvación y plenitud del Espíritu. ¿Tendrán semejante experiencia algunas de las vidas que se encuentran en esta convención?

«**De su interior**»: La entrada de una corriente demanda ‘salida’, y ocasiona rebosamiento. Cristo es suficiente y más que suficiente para hacer que cada cristiano rebose de la vida de Él. ¿Y a quiénes se ofrece esta plenitud de poder?

«**El que cree en mí**»: Esta plenitud no es únicamente para algún predicador o maestro de la Biblia, o para alguna persona que se dedique al servicio del Señor en alguna forma, sino para todo aquel que cree en el Señor Jesucristo. ¿Crees tú? Entonces la promesa es tuya. Ni el más joven, ni el más débil o más pequeño cristiano que tenga el don más insignificante, es excluido de esta bendición.

Una misionera de la China regresaba a su hogar el año pasado para tomar su descanso. Conoció en su viaje de vapor a una joven no convertida que estaba preocupada por su condición espiritual. Solicitó la ayuda de la misionera, pues estaba interesada en conocer el camino de la salvación. Pero esta no pudo guiarla a Cristo, lo que le desalentó de tal manera, que decidió no regresar luego al campo misionero. Pero entonces aconteció una cosa gloriosa: fue llena del Espíritu Santo, y el Señor, obrando de acuerdo con su naturaleza, hizo grandes cosas en ella y por ella. Él hizo que ambas se encontraran de nuevo y le dio el poder de ganarla para su Señor. Llena del Espíritu Santo, estaba capacitada para ganar almas. ¿Estás tú haciendo esto mismo? ¿Puedes hacerlo? Si estás lleno del Espíritu Santo, entonces los ríos de agua viva fluirán de tu ser a otras vidas.

¿Es Opcional tal Plenitud?

¿Puedo determinar yo si seré o no llena del Espíritu Santo? La Biblia contesta esta pregunta.

«**Sed llenos del Espíritu**» (Ef. 5:18).

Es este un mandamiento, hermanos. ¿Estamos tú y yo en libertad para desobedecer el mandamiento de Cristo? ¿O estamos en libertad para escoger cuál mandamiento obedecer y cuál no obedecer? Leo en la Palabra de Dios: «No matarás.» No encuentro ninguna dificultad en obedecer este mandamiento, porque nunca he mirado ningún ser humano con deseos de matarlo. «No hurtarás.» Este es otro mandamiento, para mí fácil de obedecer, porque nunca he visto una cosa tan codiciable, que yo estuviera dispuesta a robarla y a exponerme a los castigos consecuentes. No tengo dificultad en obedecer este mandamiento, pero «**Sed llenos del Espíritu**», me hace exclamar: «Señor, no quiero ser llena del Espíritu Santo, porque Él hace grandes demandas de mí. Tendré que vivir una vida demasiado santa. No quiero obedecer ese mandamiento».

¿Nos atreveremos a presentar tales argumentos al Señor?

He aquí un mandamiento cuya obediencia coloca al cristiano en posesión de la bendición espiritual más grande que es posible disfrutar aquí en la tierra. Entonces ¿no es la desobediencia a este mandamiento el pecado más grande que comete el cristiano? Porque si no está lleno del Espíritu Santo, le es imposible vivir una vida de victoria, de santidad y de poder. Ser lleno del Espíritu Santo no es un mandamiento opcional, sino ineludible y obligatorio a todo cristiano, y el cristiano que no está lleno, está pecando.

¿Por Qué No Tengo yo la Plenitud del Espíritu?

Hay dos causas objetivas relacionadas con esta verdad. Una es ignorancia. En Cristo poseemos la plenitud de la deidad, y en el Espíritu tenemos la Persona que hace de esta plenitud nuestra posesión personal. Pero, a causa de la ignorancia de la Palabra de Dios, carecemos de este conocimiento, y como consecuencia no tenemos la experiencia de la plenitud.

La otra causa es incredulidad. Conocemos la verdad, pero sólo doctrinal e intelectualmente. No ha llegado a ser una experiencia del corazón. O la conocemos, pero tenemos temor de poner en práctica nuestro conocimiento y apropiarnos de esta bendición por la fe.

«Vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad» (Hb. 3:19).

Encontramos también dos causas subjetivas relacionadas con esta experiencia. Una es pecado no confesado. El Espíritu Santo es santo y el lugar donde Él mora debe ser hecho y conservado santo. Esta morada demanda limpieza de todo pecado conocido. Es imposible ser lleno del Espíritu Santo mientras, de una manera deliberada, se retenga en la vida un pecado.

La limpieza del templo durante el avivamiento del rey Ezequías, según se relata en 2º Crón. 29, muestra lo que abarca la limpieza que Dios demanda, y cómo llevarla a cabo.

«¡Oídme, levitas! Santificaos ahora, y santificad la casa del SEÑOR, el Dios de vuestros padres, y *sacad del santuario la inmundicia*» (2º Crón. 29:5).

«Y entrando los sacerdotes dentro de la casa del SEÑOR para limpiarla, *sacaron toda la inmundicia* que hallaron en el templo del SEÑOR» (16).

«Comenzaron a santificarse el día *primero* del mes primero..., y en el *dieciséis* del mes primero *terminaron*» (17).

¿Te has fijado en la palabra «*inmundicia*»? Dios no usa palabras suaves ni sentimentales cuando habla del pecado. Él llama al pecado lo que es, «*inmundicia*». Inmundicia en «*el santuario*». ¿Cómo se acumuló tanta suciedad en el santuario, que el rey se vio obligado a ordenar una limpieza especial del templo? Nótese, también, que no comenzaron en la parte exterior del templo, deteniéndose allí, sino que entraron a la parte interior de la casa del SEÑOR para limpiarla. Nótese, asimismo, que no sólo *encontraron* la suciedad, sino que la *sacaron*, y no sacaron solamente una parte, sino «*toda la inmundicia que hallaron*». Fue una limpieza completa de la casa. Y ¿cuánto tiempo les llevó hacerlo? Dieciséis días exactamente. ¡Qué enorme cantidad de inmundicia hubo que sacar del templo del Señor! Pero ellos perseveraron hasta que todo quedó limpio.

Consideremos ahora el complemento de esta verdad en el Nuevo Testamento. Nos asombra la similitud de la enseñanza, aun en el uso de algunas de las palabras.

«¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es» (1ª Cor. 3:16-17).

«*Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios*» (2ª Cor. 7:1).

«El templo de Dios, el cual sois vosotros, **santo es**». Por lo tanto, debe ser limpio de toda inmundicia, tanto de la carne como del espíritu.

Puede haber habido pecados groseros, vulgares, aun pecados sensuales de nuestro pasado. Puede ser que estemos limpios de estos pecados graves y carnales, pero ¿qué de aquellos pecados que aún nos manchan en lo recóndito de nuestro espíritu? Antes decíamos mentiras. Ahora no mentiríamos deliberadamente, abiertamente, pero aún hay en nosotros hipocresías, engaños; aún nos mostramos hipócritas con los demás. Hay aún en nuestra vida cristiana una profesión de Cristo, que no es la sincera expresión de nuestra posesión en Cristo. Anteriormente teníamos un mal genio con el cual estallábamos frecuentemente. Ahora tenemos cierta medida de refrenamiento o dominio, en lo exterior, de los brotes de este mal genio. Pero ¿qué de la irritabilidad secreta y de la impaciencia de espíritu? Antes odiábamos abierta y francamente a alguien, y lo declarábamos. Ahora reconocemos que esto es pecado; ¿pero se anida aún en algún lugar oscuro del corazón el celo o el resentimiento que motivó el odio? No contenderíamos abiertamente con alguna persona como antes lo hacíamos; pero si viéramos en la calle a alguien que no nos agrada, en seguida tomaríamos la acera opuesta. Con todo esto, pensamos que somos cristianos victoriosos y espirituales, que no necesitamos limpieza.

Una vez en China fui a celebrar una serie de conferencias en una escuela de señoritas. Una de las misioneras se acercó y me dijo: «No me pida que haga ‘obra personal’ entre las señoritas durante estas conferencias porque no lo haré.» Continuó diciendo: «Voy a mi hogar a descansar y no regresaré. Ya he dicho a mis compañeros misioneros, extranjeros y nativos, que no podré regresar a causa del estado de mi salud.» Era verdad que su salud estaba quebrantándose. Pero la causa de su quebrantamiento no era física, sino espiritual. Mientras me hablaba, observaba su rostro. Había una línea en su frente que no debía haber estado allí. Mientras crecemos en madurez espiritual, hay algunas líneas que muestran este desarrollo de carácter, y se marca en nuestro rostro. Pero hay otras líneas que son señales evidentes de pecado. Y estas dos clases de líneas son muy fáciles de distinguir.

Empecé citándole versículos de la Biblia sobre la victoria. Ella podía repetirlos todos de memoria. Me referí a libros escritos sobre la victoria. Ella los conocía todos y había leído muchos de ellos. La doctrina y la fraseología de victoria le eran muy familiares, pero ella no poseía la victoria. Acaso me preguntó: ¿Había cometido algún pecado grosero de la carne que la tenía derrotada? Oh, no, era sólo un pequeño prejuicio que había permitido entrar en lo profundo de su corazón en años anteriores, al cual había venido alimentando hasta que le robaba la paz de su corazón, su gozo en el estudio de la Palabra y la oración, y su pasión por las almas. Y aún más, le había ocasionado la enfermedad física que padecía, la que ahora la llevaba a su hogar para no volver más al campo misionero. ¡Un pequeño resentimiento entretenido en su corazón humano, y haciendo semejante daño! ¿Hay alguna cosa parecida a esta en lo escondido de tu espíritu? Si la hay, ¿te limpiarás de ella ahora? Aquella amada misionera alcanzó victoria sobre aquel prejuicio. Dos veces volvió a su hogar original para un descanso y las dos veces regresó a China para seguir en la obra misionera; que es donde se encuentra en la actualidad.

El verano pasado, en una convención en Suiza, un hombre, ya canoso, confesó públicamente al final de una reunión que por veinticinco años no había tenido relaciones con sus familiares. Durante años había sufrido de insomnio. Aquella noche, después de su confesión y limpieza, durmió como un bebé. El próximo domingo testificó que durante aquellos veinticinco años no había experimentado la paz de corazón que ahora poseía, desde hacía tres días.

«Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1ª Juan 1:9).

«El que encubre sus pecados no prosperará: *mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia*» (Prov. 28:13).

Resulta necio y absurdo para cualquiera de nosotros orar por la plenitud del Espíritu Santo, si tenemos siquiera una pequeña chispa de resentimiento o prejuicio u odio o cualquier otra indisposición contra alguna persona. En tal estado, oraremos en vano. ¿Te dispondrás a dejar al Señor quitar de tu ser toda inmundicia, tanto de la carne como del espíritu?

La limpieza no es la plenitud del Espíritu, pero ella nos separará de todo lo que impide esta plenitud y nos dispone para recibirla.

La segunda causa subjetiva que resulta en la carencia de la plenitud del Espíritu es una vida no entregada, lo que implica que la vida del «yo» no está crucificada con Cristo ni es gobernada por Él. Para ser llenos del Espíritu, es indispensable la entrega total de nuestra vida al dominio de Cristo. Tal bendición no da lugar a re-servas; no permite puertas cerradas. Debemos separarnos de todo aquello de lo cual Cristo no es el origen, y debemos poner todas las cosas bajo su dominio. Debe experimentarse un total destronamiento de la vida del «yo» y la voluntaria entronización de Cristo.

En el avivamiento, bajo Ezequías, vemos que a la limpieza del templo siguió a la consagración del pueblo y a sus sacrificios y sus ofrendas de gratitud.

«Ezequías dijo: ‘Vosotros os habéis consagrado ahora al SEÑOR, acercaos, pues, y presentad sacrificios y alabanzas en la casa del SEÑOR’. Y la multitud presentó sacrificios y alabanzas; y todos los generosos de corazón trajeron holocaustos» (2º Crón. 29:31).

Después de ser quitada la inmundicia, las ofrendas fueron traídas.

Así es el orden divino en la limpieza y consagración del cristiano, quien es el santo templo de Dios. El «perfeccionar la santificación» sigue a la limpieza de toda inmundicia de la carne y del espíritu. Esto viene como consecuencia de presentar el cuerpo al Señor como un sacrificio vivo para su perfecta posesión, completo dominio y exclusivo uso.

«Así que, hermanos, os ruego por las mi-sericordias de Dios, *que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo*, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Rom. 12:1).

«Y por todos murió, *para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos*» (2ª Cor. 5:15).

Presentarse o entregarse a Cristo significa abrir cada departamento de la vida a Él, para que la llene de sí mismo. Nuestra vida se llena con aquello a que la abrimos o le damos entrada. Si yo abro mi vida en alguna forma a Satanás, al mundo y a la carne, estaré llena de aquello hasta ese punto. Pero si abro cada puerta de mi ser a Cristo, al Espíritu y a la Palabra, entonces ellos llenan mi mente, corazón y espíritu.

Presentar o entregar la vida a Cristo no es ser lleno del Espíritu, pero nos prepara para esta bendición. Para que el Señor nos llene es menester que le permitamos vaciarnos primero. Sólo la vida entregada, que se ha sometido al requisito de absoluta limpieza, podrá ser llena del Espíritu Santo. ¿Te has rendido tú a Cristo de este modo?

¿Cómo se Puede Obtener la Plenitud?

El método es sencillo, pero los hombres, con frecuencia, lo hacen muy complicado. Algunos piensan que para poseer tal bendición se necesitan días de ayuno, noches enteras de oración o agonizar en constante súplica y al fin sin alcanzarla; buscarla con ardor, pero sin encontrarla.

En un lugar de conferencias, donde se daba el mensaje sobre la vida llena del Espíritu Santo, a una reunión de obreros, se nos informó, después de los servicios, que cada semana durante un año ellos habían orado pidiendo la plenitud del Espíritu, pero que aún no habían recibido esta bendición. Una misionera me dijo que había orado diariamente por algún tiempo, pidiendo la plenitud, y que aún no había recibido la respuesta. Entonces ¿no está Dios dispuesto, capacitado o presto para conceder la plenitud del Espíritu a sus hijos? Más bien, Él **manda** que seamos llenos. ¡En qué plano bajo imaginamos al Señor, y cuán poca misericordia atribuimos a su carácter, al juzgarle así!

¿De qué manera obra Dios para otorgar esta bendición? Esto está muy sencilla y claramente explicado. Escuchemos sus palabras:

«***El que bebiere*** del agua que Yo le **daré**» (Juan 4:14).

Consiste en la apropiación práctica de una dádiva.

«Jesús clamaba, diciendo: ***Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba***» (Juan 7:37).

¿Puede haber alguna cosa más simple? No tenemos que buscar una concordia o un comentario para comprender el significado de una de estas palabras. Ellas forman parte del vocabulario corriente. ¿Nos equivocamos porque Dios ha hecho tan sencilla la manera de recibir esta bendición?

«***Si alguno***»: Dios no tiene favoritos. Cuando Dios dice «alguno» es como si Él escribiera tu nombre allí. Sólo que es mucho mejor expresarlo así. Hace algunos años recibí una carta de una joven que se firmaba «Ruth Paxson». De modo que si la carta hubiera dicho «si Ruth Paxson tiene sed», ¿cómo habría sabido yo que se referiera a esta joven y no a mí? Pero cuando Dios dice «***si alguno***», entonces indica a la persona que llena las condiciones puestas. ¿Cuáles son?

«***Tiene sed***»: Esto no significa un mero deseo de tener algo de lo cual siento necesidad porque no lo poseo, o algún anhelo producto de celo, o posiblemente de envidia, por una facultad que se destaca en una vida llena del Espíritu. Esta sed es un deseo intenso de santidad que nace de nuestro amor a Cristo, la cual tiene que ser satisfecha. Es un intenso anhelo de poseer el poder para testificar y ganar almas para Cristo, que tiene que ser saciado. Sí, y la palabra ‘sed’ encierra aún más. Es un anhelo insaciable de ‘poseer’ al mismo Dios. Es aquel clamor interno del corazón del salmista:

«Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, ***así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo***» (Salmo 42:1-2).

Esta sed se expresaba en una carta recibida ayer aquí en Keswick: «Tengo una sed insaciable de Él y de su santidad». ¿Tienes esta clase de sed? Esta es la primera condición para obtener la plenitud. Entonces ¿qué más?

«**Venga**»: ¿Adónde y a quién? ¿A una reunión? ¿A una convención? ¿A la de Keswick misma? ¿A algún líder humano? «**Venid a Mí**»; es lo que dice el único que puede otorgar la dádiva. Venid al Dador de esta agua viva en toda su plenitud. ¿Has venido a Él? Puede ser que hayas venido y pedido la dádiva, pero esa no es su condición. Él habla con claridad. La petición está motivada por la sed. Pero el anhelo expresado en la petición no es suficiente. Hay algo más que nosotros tenemos que hacer...

«**Beba**»: Esta es una actitud. El anhelo se convierte en una adquisición por apropiación. Cuando tenemos sed, decimos: «Quiero agua». Beber es un acto: bebo el agua. He aquí, por qué muchas almas, que buscan con sinceridad, fallan en alcanzar la gloriosa experiencia. Ellas tienen sed, pero no beben.

Después de una conferencia en la que prediqué este mensaje, una mujer con su rostro muy triste se detuvo a saludarme: «Oh, Señorita Paxson, tengo sed». Esperé para oírle repetir el resto de la bendita invitación de nuestro Señor, y para saber que hubiera actuado en ella. Pero se apartó de mí con su rostro todavía triste. Regresó a la conferencia de la tarde, en el cual procuré aclarar aún más la manera de obtener la plenitud de Cristo. Otra vez me esperó al final de esa reunión, y con un rostro radiante, dijo: «Oh, tengo sed, y *estoy bebiendo*». Recibí una carta de ella más tarde, en la cual decía: «Sigo sedienta y sigo bebiendo, y Él sigue satisfaciéndome».

Esta actitud constituye el secreto, no sólo de *obtener* la plenitud del Espíritu Santo, sino también de *mantener* esta plenitud constantemente en la vida.

«No os embriaguéis con vino...; antes bien **sed llenos de Espíritu.**»

¿Cómo se embriaga una persona? Bebiendo.

¿Cómo permanece embriagada? Siguiendo con la bebida. ¿Cómo puede una persona ser llena del Espíritu Santo? Nuestro Señor dice que es por **beber del Agua de la Vida**. ¿Cómo permanece uno lleno? Por seguir bebiendo día tras día. ¿No es esto fácil de comprender para cada uno de los que nos encontramos en esta carpa? Inclínemos nuestras cabezas silenciosa y reverentemente para enfrentarnos con algunas preguntas en la presencia del Señor, y contestándolas sin rodeos, esto es, con un «Sí» o un «No», bien definido.

¿Has sido *alguna vez* lleno del Espíritu Santo?

¿Estás lleno del Espíritu Santo *ahora*?

¿Te dispondrás a ser lleno del Espíritu Santo en *este momento*?

¿Te decides a vivir la vida llena del Espíritu Santo desde *ahora en adelante*?

Si tienes sed y te dispones a beber del agua de la vida en este instante, ¿levantarás tu corazón al Señor?: «Señor, tengo sed; Señor, vengo, y bebo; Señor, recibo la dádiva que tú ofreces, la plenitud del Espíritu Santo, y te doy gracias por el mismo».

IV LUCHADORES POR CRISTO

La hermosa Epístola a los Efesios, en la cual encontramos las verdades más profundas y sublimes acerca de la relación mutua de Cristo con el cristiano, se divide muy natural- y fácilmente en tres partes, y observa para ello el orden divino:

La *Riqueza* del Cristiano

El *Andar* del Cristiano

La *Lucha* del Cristiano

En los primeros tres capítulos tenemos una revelación de las *riquezas de Cristo* - las riquezas de gloria -, las riquezas inescrutables de Jesucristo. Estas riquezas son la posesión de aquel que está en Él. Entonces, comenzando con el 4:1, y siguiendo hasta el 6:9, se nos revelan las siete maneras del *andar del cristiano*, quien debe conducirse dignamente, como corresponde a la vocación a la cual ha sido llamado en Cristo. Es en esta parte de la epístola donde encontramos el más grande de todos los mandamientos para el cristiano: «*Sed llenos del Espíritu*». Esta sensación de la vida llena del Espíritu es la mayor y la más profunda de las experiencias, que un mortal puede tener debajo del cielo.

Llamados a Luchar

Alguien podría pensar que este versículo 9 fuera un lugar apropiado para detenerse, pero Dios no piensa así. En el 6:10, se encuentran las palabras «**por lo demás**», estas palabras indican no solamente que la epístola está por llegar a su fin, sino que también indica la *culminación* de su verdad.

El cristiano todavía no lo ha alcanzado todo. Su vida no es solamente un 'andar en lugares celestiales' como hijo y heredero de Dios. Y no basta que ande de manera digna y constante con su Señor. No. El cristiano tiene una tarea delante de sí, y esa tarea no es nada menos que una lucha. Cuando entras en 6:10-12, te encuentras inmediatamente en el campo de batalla, donde se libra un *combate muy real*. ¿Quién está más preparado para la batalla que aquel que ha entrado en la plenitud de su herencia en Cristo, que anda digna y constantemente con Dios, que ha sido en verdad lleno del Espíritu Santo? Solamente en tal persona puede confiar Dios para que forme parte del gran ejército bajo la dirección del Capitán de los ejércitos, marchando a la terrible lucha espiritual. Por lo tanto, es inevitable que la epístola a los Efesios termine en un campo de batalla.

En esta semana de la Convención de Keswick hemos oído mensajes que nos revelaron claramente cuáles son las inescrutables riquezas de Cristo. Espero que esto signifique para cada uno de nosotros el haber entrado aún más de lleno en la posesión de nuestra herencia en Cristo Jesús, y por ello saldremos de este lugar infinitamente más 'ricos en Cristo' que cuando entramos al mismo. Confío en que signifique también que, de la manera que hemos oído estos mensajes de la Palabra de Dios, señalándonos cuál es el andar firme y recto del cristiano, que ya hayamos comenzado a andar de manera más digna.

Los acontecimientos del jueves, día en que esta Convención llegó a su culminación, cuando un mensaje tras otro, exponía la vida llena del Espíritu - la vida vivida en el poder del Espíritu -, terminaron el día con la gloriosa reunión en la que muchos, por primera vez, recibieron la plenitud del

Espíritu por la fe. Otros, que habían tenido esa plenitud, y la habían perdido, volvieron a experimentar esta preciosa realidad. ¿Terminó la Convención de Keswick el jueves por la noche? De ninguna manera. El viernes, y de nuevo ayer, se nos presentaron los grandes campos de batalla del mundo y las distantes fronteras del vasto campo misionero.

Tenemos un gran campo de batalla allí donde estemos; aquí se está librando también una gran lucha espiritual. ¿A quién mirará el Señor? ¿A quién confiará esta lucha espiritual? ¿No será a nosotros que hemos entrado más de lleno en la posesión de nuestras riquezas en Cristo, y que saldremos de aquí para andar más dignamente con Él? ¿Estamos preparados para oír esta noche su llamada, clamando por guerreros espirituales, para el gran conflicto que debe librarse hoy y mañana? Hemos testificado de Él; hemos trabajado juntamente con Él; pero hay algo más que hacer.

Hace algunos años, en China, me pidieron que tomara una clase bíblica compuesta de jóvenes profesionales. No me gusta emprender una tarea como ésta sin antes entrar en una experiencia nueva y más profunda con el Señor. Temo dar a otros el pan viejo o un maná rancio. Siempre me gusta tener una relación nueva y reciente con Dios que impartir a otros. Así que, al estudiar esta carta, dirigida a los santos de Éfeso, preparándome para esa clase bíblica, le pedí al Señor que me diera un mensaje nuevo; que hiciera nuevas demandas en mi propia vida. Cuando llegué al versículo 6:12, el Señor contestó mi oración con la palabra «lucha». «Porque no tenemos *lucha contra* sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:12).

Contesté: «Sí, ¡esta es una nueva llamada!» He sido un testigo; he sido una obrera en mi país y en el campo misionero, pero nunca he recibido antes un llamamiento para ser una *luchadora espiritual*. Amigos, ¡no sabía entonces lo que esto significaba! Me habría acobardado si hubiera sabido lo que significaba hacer a Dios la promesa de ser, por su gracia, una ‘luchadora espiritual’. Pero se lo prometí, y le pedí que, si podía confiar en mí, me pusiera en el frente, en la línea de fuego, donde la batalla fuera más recia. En estos últimos años el Señor me ha permitido conocer un poquito de lo que significa ser una luchadora espiritual en un verdadero conflicto espiritual.

Este es el mensaje que Él me ha dado para vosotros esta noche: que sea simplemente su portavoz para dar la última llamada a la multitud de la Convención de Keswick, con el fin de que cada uno de vosotros no esté satisfecho con ser meramente un testigo, u obrero, sino que se ofrezca al Señor para ser un luchador espiritual, un guerrero espiritual, con todo lo que ello pueda implicar en un conflicto espiritual, para alcanzar la victoria en su hogar, en su ekklesia, en su comunidad, en su país, en este mundo, en estos últimos días antes que el Señor venga.

Nuestro Enemigo

Volvamos al capítulo 6 para aprender de esta lucha espiritual, y todo lo que ella significa, según la Palabra de Dios. «Por lo demás, hermanos míos...» Pablo no dice: «Compañeros apóstoles o compañeros líderes». ¡No!; lo que dice es: «Hermanos». Pablo quiere decir: «Soldados compañeros». Ningún cristiano está exento de esta lucha. Dios no tiene lugar para ningún pacifista espiritual. Él llama a cada santo (persona salvada) a las armas.

«Porque no tenemos *lucha contra* sangre y carne; sino *contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas*

de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:12).

Se señala el escenario de la batalla. «**Lucha**». *Es un conflicto intenso; es un combate cuerpo a cuerpo. Es «lucha contra».* Cinco veces se usa esta palabra «*contra*». Tenemos un adversario temible; tropezamos con una oposición satánica agresiva y activa. ¿Quién de los presentes no la ha experimentado? ¿Quién de nosotros no ha sufrido por la resistencia satánica en su vida personal, en su hogar y en su trabajo? Pero somos dados a pensar que este conflicto es con carne y sangre, esto es, con alguna persona en nuestro hogar con quien se nos hace imposible vivir o congeniar, a pesar de existir entre ambos relación de familia. Temes regresar mañana para encontrarte con tal persona; te resulta un alivio estar ausente de ella, aunque sea por un breve tiempo. Puede ser que hubiera aquí algún misionero que esté muy contento de disfrutar de sus meses de descanso, porque no está ahora viviendo bajo el mismo techo con aquella persona con quien antes estaba relacionado; ¡qué alivio estar separado por algún tiempo! Confesemos la verdad. Hemos creído que nuestra lucha era contra carne y sangre; y hemos estado luchando contra el elemento humano; y ésa es la razón por la cual estamos en derrota y no en victoria. Pero «**no** tenemos lucha contra carne y sangre», no contra un enemigo humano y visible, no contra un enemigo que sea colega o que se encuentre en el mismo plano que nosotros. ¡No! Es contra un enemigo sobrehumano e invisible; es contra este que luchamos.

Satanás: Una Persona

En este capítulo se revelan distinta y claramente dos formaciones, alineadas frente a frente: Dios y sus ejércitos y Satanás con los suyos. Personajes sobrenaturales se incitan y desafían a la lucha. Actuamos neciamente cuando tenemos en poco el poder de Satanás. Él es un enemigo incesantemente activo y agresivo. Este capítulo revela que él es la cabeza de un ejército organizado, movilizado, y al cual imparte su propia energía. Nuestro adversario es una persona sobrenatural. ¿Cuáles son algunos de sus nombres? Él es engañador, devorador, tentador, acusador, padre de mentira, homicida, ladrón, vieja serpiente, dragón... Estos nombres revelan su naturaleza; y nos hacen temblar de temor y retroceder ante su presencia con repugnante desprecio. Todos estos nombres exponen claramente su carácter. Seduce y engaña. Obra según su naturaleza, de manera diabólica; tal es nuestro adversario.

Satanás: Su Posición

Como una persona sobrenatural, ocupa una posición superior. Cristo mismo se refirió tres veces a él como «príncipe de este mundo» (Jn 12:31; 14:30; 16:11), con autoridad gubernamental sobre los hombres. Y como «príncipe de la potestad del aire», con autoridad oficial sobre los demonios. Es «el dios de este siglo», con autoridad espiritual sobre los hombres.

Satanás: Su Poder

Es una persona con poder sobrenatural. La Biblia no lo niega; llama a esa potencia sobrenatural: «poder de las tinieblas». Es fuerte y prodigioso. Es poderoso en sus métodos; inspira todo lo criminal. Emplea medios astutos y fraudulentos, artimañas, estratagemas y sutilezas. La Biblia dice que es poderoso organizador. Obra por medio de principados y potestades y milicias de maldad. Es poderoso para equipar; tiene su fuerte baluarte y su propia armadura, devora despojos y bienes. Nuestro adversario es una persona sobrenatural, que ocupa una posición superior y ejerce un poder prodigioso.

Satanás: Un Enemigo Derrotado

Actuamos neciamente al tener en poco el poder de Satanás; por otra parte, es fatal atribuirle demasiada autoridad. Hay personas que hablan mucho del diablo y de su poder. A él le agrada oírnos hablar de su poder. Su poder es portentoso, pero no es omnipotente; es poderoso, pero no todopoderoso. Es un enemigo completamente derrotado. Cristo es aquel '**más fuerte**' de Mateo 12:29, **más fuerte** que "el hombre fuerte" y le ha atado, "saqueando su casa". Cristo, como Hombre, nos representó en el desierto, se enfrentó con el diablo y le ganó una victoria decisiva; y lo hizo en la única manera en que tú y yo podemos ganar esa misma victoria. Fue llevado al desierto lleno del Espíritu Santo; y la única arma que tenía era las Escrituras. Tres veces, al enfrentarse con el tentador, le dijo: «**Escrito está**». No hay un hombre o una mujer en esta carpa, que no pueda regresar y ganar la victoria de la misma manera, llena del Espíritu Santo, y con la eficaz Palabra de Dios llenando la mente y en el corazón, presta para ser usada en cualquier momento de tentación (S. 119:9-11). El diablo puede ser un enemigo derrotado para ti y para mí.

La muerte de Jesucristo arrancó del diablo todo vestigio de su autoridad sobre la humanidad. Por la resurrección y ascensión, el Hijo regresó a su Padre, vencedor sobre el diablo y todas las potencias infernales. Él triunfó públicamente sobre todos los principados y potestades. Por su exaltación fue coronado por el Padre **Señor de señores y Rey de reyes**; Señor del universo y «Cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia». Por su obra consumada, Jesucristo entró en el dominio de Satanás y lo recuperó palmo a palmo para su Padre. Satanás fue juzgado, sentenciado y condenado cuando Jesucristo murió en la Cruz; pero la sentencia no ha sido ejecutada completamente, y no lo será hasta que Cristo venga en su gloria. Por esto, y mientras tanto, él se opone aún a la victoria del Señor, y lucha para retener a los pecadores en su cautiverio y recuperar su dominio sobre los salvados.

He aquí el campo de batalla, teatro de nuestra lucha. Cuando Jesucristo estaba en la tierra, todo ataque fue dirigido a su precioso cuerpo físico, del que se revistió para poderlo rendir sobre la cruz, y morir como el Salvador tuyo y el mío. Él se levantó de la tumba con el mismo cuerpo, pero ya no físico, sino espiritual. Él está hoy a la diestra del Padre con ese cuerpo; está allí como Dios **Hombre**, como el Sumo Sacerdote tuyo y mío. Los cristianos de todas las edades constituimos su cuerpo místico; somos la única parte del cuerpo de Cristo que el diablo puede tocar; somos la parte visible de Cristo en la tierra; por esta razón estamos en esta terrible lucha; tu vida y la mía forman parte del campo de batalla en el cual se está librando esta lucha espiritual.

Satanás: Sus Ardides

¿Cómo opera Satanás en esta lucha? Nuestra primera necesidad es conocer la posición del enemigo; y la segunda, conocer sus ardides.

«Vestíos de toda la armadura de Dios; para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo» (Ef. 6:11).

Debemos comprender cuál es el objetivo de Satanás. El Señor nos lo declara. Él dijo a Pedro: «Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo» (Luc. 22:31). Satanás es jefe de los demonios. Él está en este mundo procurando robar **la perla de gran precio**, que sólo pertenece al Señor Jesucristo; y hace toda su obra diabólica con engaño, astucia y sutileza. No hay medio ni artimaña que él no ponga en práctica. Se deleita en el tormento de los cristianos.

Se introduce en tu vida y en la mía con el fin de dominarlas. Hace su entrada principalmente por nuestra imaginación, por las cosas que pensamos y por las actitudes que tomamos. Penetra a lo más íntimo de nuestro ser tan silenciosa y sutilmente que apenas nos damos cuenta de su presencia. Tan pronto como ha entrado procura hacernos caer y vencernos por una repentina tentación, y especialmente cuando puede sorprendernos descuidados.

Nótese que Dios no nos dice que nos pongamos su armadura para resistir la fuerza del diablo, sino para permanecer firmes contra sus asechanzas. Contra esto tenemos tú y yo que velar: las asechanzas del diablo. ¿Cómo son estas asechanzas con que se introduce? Quiero mencionar algunos de los procedimientos que emplea para lograr sus propósitos de manera personal en nosotros.

Emplea la Depresión de Espíritu

¡Oh, cuán grande es el número de cristianos en quienes el diablo, no sólo tiene parte, sino también dominio por el espíritu de depresión con que les ha embargado! El los ataca y agobia con dudas y desalientos acerca de su condición espiritual. Siempre que seas asaltado por tales dudas y desalientos, puedes estar seguro de que proceden del diablo. Dios nunca atormenta a sus hijos; y cuando este espíritu de depresión nos ocasiona tormentos y torturas, podemos concluir que es el diablo haciendo su obra en nuestros corazones. Esta es su manera de obrar.

El fin que se propone es que dejemos de poner los ojos en Cristo (Hb. 12:1-2). Si lo consigue, preocupándonos acerca de nuestra condición espiritual, ha ganado su primera victoria en nuestras vidas. El continuará haciéndonos contemplar con espíritu pesimista nuestro estado interior, llevándonos a un escudriñamiento y diagnóstico negativos de nuestra condición espiritual. Tal proceder de nuestra parte nos conduce al fatalismo. Tan pronto como nos encontremos obrando así, debemos ponernos en guardia.

Satanás nunca busca al principio el dominio de nuestras vidas. Todo cuanto busca es tener alguna *parte* en ellas. Hay un mandamiento muy sencillo y definido: «**No deis lugar al diablo**» (Ef. 4:27). Todo lo que quiere en el comienzo, en tu vida, no es más que un lugarcito donde poder asentar sus 'plantas'. Date cuenta que si esto lo permites, pronto tendrá el dominio de la vida entera... Cuando encuentra 'espíritu de depresión', ahí se aloja cómodamente.

Por Medio de Decepción Mental

El mundo está siendo invadido por organizaciones, 'movimientos' de masas, sociedades de 'fraternidad', y sectas de toda índole. Muchas de ellas son satánicas de origen, otras se basan en una constitución mixta, mitad verdad y mitad mentira. Sus engaños son sutiles y confunden aun a los elegidos. Satanás es capaz de tomar una verdad gloriosa, como la enseñanza sobre el Espíritu Santo, y emplearla toda adaptada a sus propios intereses. De esta manera, por decepciones astutas, Satanás echa mano de muchas personas hambrientas espiritualmente y las aleja hábilmente del Pan de Vida, del Señor y de su Palabra.

Por Confusión del Corazón

Nunca se ha experimentado tan desastrosa incertidumbre universal como la que existe en la actualidad. Muchos de los hijos de Dios han sido atrapados en su remolino. La pérdida de sus empleos, de su dinero o sus negocios; experiencias abrumadoras ocasionadas por situaciones sin precedentes - apoderándose de algunos -, les han ocasionado tal confusión de corazón, que

apenas logren fijar sus pensamientos en el Señor. He recibido cartas de personas que están sufriendo tales aflicciones por causa de la confusión de su corazón.

Por Desorientación de la Voluntad

El supremo interés del cristiano consiste en hacer la voluntad de Dios; pero, ¿qué es la voluntad de Dios? Esta es la pregunta que innumerables personas se hacen. Se encuentran desesperadas e indecisas en cuanto a la manera de proceder en distintos asuntos. Como ciudadanos, ¿cuál debe ser nuestra actitud en relación con los problemas mundiales? Suceden cosas en la ekklesia que, según la Palabra de Dios, no pueden estar de acuerdo con la norma fijada por Cristo. En nuestra calidad de miembros del cuerpo de Cristo, ¿cómo hemos de proceder? ¿Debemos protestar? ¿Debemos permanecer en una ekklesia tolerante del pecado? Se presentan problemas en el campo misionero, dificultades entre misioneros y tensiones con la junta que los representa. Se dan casos de obreros en la misma misión que enseñan cosas opuestas. La esposa de un pastor en China, se acercó a mí, y me dijo:

«¿Qué debo decirles a las mujeres paganas que llevo a las reuniones y a la Escuela Dominical, domingo tras domingo, cuando, en una reunión, un misionero predica la divinidad de Cristo, y el siguiente domingo, otro - de la misma comunidad - predica *negando* la divinidad de Cristo?»

¿Qué debe hacer en tal caso la esposa de un pastor?

Confrontamos tales problemas hoy día como nunca antes lo hemos tenido que confrontar. Hay problemas relacionados con la vida social. Por ejemplo, a menudo se presenta el siguiente caso: “En un hogar donde se cree y se enseña la Palabra de Dios, los hijos van progresando, de la escuela primaria hasta la universidad. Cuánto más se adentran en la ‘sociedad’, más se ven forzados a hacer cosas contrarias a los principios espirituales, aprendidos de sus padres”.

¿Qué deben hacer los padres? ¿Oponerse o consentir tales cosas con las que sus hijos tienen que enfrentarse en el ambiente en que viven? Como miembros de la sociedad, ¿cómo podremos guardarnos **sin mancha** de este mundo? De estas maneras Satanás procura entenebrecer la mente y crear disensiones.

Por Padecimiento Físico

¡Cuántos cristianos están haciendo frente a ataques reales del maligno en el dominio de su cuerpo!

Por Contiendas en el Hogar

Por la separación entre esposos, padres e hijos; por falta de comprensión entre los miembros de la misma familia.

Por División en la Ekklesia

Sí, división en aquella parte de la ekklesia que es fundamental o netamente evangélica. Ha sido privilegio mío viajar por diez países distintos en Europa, y lamento decirlo, no he estado en contacto con ninguna obra en ningún país, que sea verdaderamente evangélica, en cuyo seno no se encuentre alguna división, causada por intolerancia entre los obreros, por cosas insignificantes, por celos, etc. Esta es la obra más mortífera del diablo: en el seno de la ekklesia de Cristo.

Estas son algunas de las maneras con que el diablo hace su obra en la actualidad. Los casos mencionados son suficientes para convencernos de que estemos en medio de una recia lucha espiritual.

El luchador: Equipado para la Lucha

¿Qué hemos de hacer entonces? Tenemos que reconocer el poder del adversario. Él está determinado a derrotarnos por completo.

¿No quedará otro recurso? ¿Nos desmayaremos de corazón? ¿No quedará más remedio que someternos? El verdadero miliciano cristiano **no** puede ser derrotado, si se afirma por la fe en estos versículos de Efesios 6, y hace lo que allí le dice su Señor.

La Seguridad de Poder en Cristo

Consideremos ahora en qué consiste el equipaje del cristiano para la lucha, según se pone de manifiesto en estos versículos. Primero, la seguridad de poder en Cristo. «**Fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza**» (Ef. 6:10).

«**Fortaleceos.**» Esto es lo que el Señor nos está diciendo esta noche. Pronto volveréis a vuestros hogares. ¡Oh!, que estas palabras puedan repercutir poderosamente en vuestros corazones: «**¡fortaleceos!**» ¿Qué os dirá el diablo? Pues os dirá:

«**¡Temed!** Pensad en los peligros y dificultades que tenéis delante. Pensad en el hogar al cual regresáis; el lugar de negocios; el círculo social. ¡Acobardaos! ¡Rendíos y volvedos atrás! ¡Debilitaos! ¡Hundíos bajo el peso de las circunstancias de vuestro ambiente! ¡Desertad!»

Eso es lo que es: un ‘desertor’. Satanás desertó de Dios, y estableció su propio reino. Procurará hacernos desertores también con él, a ti y a mí.

El diablo se empeñará en que miremos atrás y nos volvamos. Dices: “Fui movido a aquel servicio; pero me temo que todo haya sido una emoción, nada más”. ¿Cómo le agrada al diablo que digamos eso, cuando hemos tomado una resolución bajo la convicción del Espíritu Santo!

En el momento en que somos más conscientes de nosotros mismos, y solamente cuando nos encontramos así, debemos tomar decisiones, el diablo se empeñará en hacernos creer que todo fue un acto emocional. Esa será la voz que él quiere que escuches. Pero el Señor te está diciendo: «**Fortaleceos en el Señor**» (ver: Lucas 9:62).

Nuestra fortaleza, por consiguiente, no depende de una armadura exterior, sino de una actitud interior, de la seguridad de la fe, de nuestro poder en Cristo. ¿Entramos al conflicto persuadidos del poder existente para triunfar, o somos vencidos por causa de espanto y del temor antes de empezar?

«**¡Fortaleceos en el Señor!**» El Señor es un contendiente más fuerte que Satanás. Él ya ‘**ató**’ al ‘hombre fuerte’; es *ya* vencedor. Graba en tu mente la palabra «en» hasta que no puedas dejar de verla constantemente.

«Esforzaos **en** el Señor.» Esa palabra contiene todo el secreto de la victoria sobre el diablo. El lugar donde nos encontramos determina nuestra victoria. **En** Cristo somos más que vencedores. «**¡Fortaleceos en el Señor!**»

Nuestro poder está en una Persona. Tres veces en los siguientes versículos leemos esta palabra: «*Para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo*» (Ef. 6:11). «*Para que podáis resistir en el día malo*» (6:13). «*Que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno*» (6:16). Cristo es capaz por su infinito poder, y nosotros somos fuertes en su potencia y en

el poder de su fortaleza. El señor Raws, de la Convención Americana de Keswick, tiene un niño que oyó cantar el himno «**A la lid (lucha), soldados de Jesús**», pero el pequeñito de tres años, al repetirlo, empezó a cantar así: «*Desistid*, soldados de Jesús». Esta es la dificultad con muchos de nosotros: somos cristianos que hemos ‘desistido’, en vez de ‘marchar’ a la lid y a la victoria, en cada momento.

La Afiración de Nuestra Posición en Cristo

En segundo lugar, nuestro equipo para esta lucha es la confirmación de nuestra posición en Cristo. Y ¿cuál es nuestra posición en Cristo? ¿Dónde está Él y dónde estamos nosotros? ¿Dónde está Él? «Sobre todo principado y autoridad y poder y señorío» (Ef. 1:21). En ese lugar está Cristo. ¿Dónde estamos nosotros? Léanlo en Efesios 2:6:

«Y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Ef. 2:6).

Hubiera sido maravilloso si sólo se nos hubiera permitido haber estado de pie junto a Él. Pero nos hizo sentar en los lugares celestiales junto con Él. Y cuando nos sentamos, estamos descansando, reposando. Y estamos sentados junto con Él en los cielos, «sobre todo principado y autoridad y poder y señorío». ¿Es esto meramente una retórica divina? ¿O es una divina realidad? Esta verdad es tan preciosa para mí, que me glorío en el privilegio de darla a otros. Obtendremos constante victoria si simplemente tomamos nuestra posición en Cristo, sentados en Él en lugares celestiales, «sobre todo principado, y autoridad y poder y señorío».

No se nos dice en Efesios 6 que luchemos. Esa es la dificultad. Somos tan luchadores: nosotros queremos librar la batalla; pero es Cristo quien pelea por nosotros. Todo lo que Él nos pide es que nos coloquemos *con Él* en la victoria que ha ganado y que está ganando por nosotros. ¿Estás cansado de luchar? Entonces, deja de luchar; y sólo mantente firme, sin temor, sin moverte, con valor, aun en la presencia del diablo y sus ejércitos. No luchamos para alcanzar una posición de victoria, sino **desde** la posición de victoria. Por lo tanto, podemos estar firmes en Cristo, dando la batalla por ganada antes de empezar. En el fragor de la batalla, en la hora más negra, **estad firmes**. ¿Y qué sucederá? Me gusta la traducción que da Weymouth de Efesios 6:13: «Retened el territorio conquistado en el día malo, y habiendo luchado hasta el fin, salid del campo de batalla victoriosos».

La Aceptación de Nuestra Protección en Cristo

Nuestra armadura para esta lucha incluye la aceptación de nuestra protección en Cristo. «**Vestíos de toda la armadura de Dios**, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo» (Ef. 6:11).

Pablo tenía mucho conocimiento de la armadura militar, puesto que él estaba atado con una cadena a un militar, cuando escribió esta epístola. Probablemente, estudió con cuidado cada parte de la armadura, llegando a comprender bien su importancia. La armadura es para protección; ninguna parte del cuerpo debe estar expuesta; una sola vulnerabilidad puede traer la derrota.

«Toda la armadura.» No podemos optar por esta o por aquella parte de la armadura. Debemos revestirnos con **toda** la armadura, sin tener en cuenta si es bastante cómoda o conveniente. Debemos llevarla puesta todo el tiempo.

«...de Dios.» Es la “armadura de Dios”. ¡Qué descanso proporciona esto! ¡No la tenemos que fabricar nosotros! ¡Qué poco conocemos de la fuerza y estrategia de Satanás y de nuestra propia cobardía y pretensiones! Pero Dios

lo conoce bien, a él y a nosotros, y es Él quien provee la armadura y Él la adapta a la naturaleza y a la necesidad de la lucha.

«*Vestíos (poneos)*.» Debemos ponérsela; la armadura no es para exhibirse; es para llevarla y usarla. Y, amigos, cuando nos vistamos con toda la armadura no será muy cómodo el sentarnos a nuestras anchas en una silla. Si no estamos dispuestos a encontrarnos en el fragor de la batalla, no nos pongamos la armadura. Noten que hay una sola parte del cuerpo que se queda sin protección: la espalda. Dios no espera tener desertores en sus filas. Por eso no hay protección para esa región del cuerpo. Yo no quiero que el enemigo pueda herirme por la espalda - por haber desertado -, volviéndole la espalda a mi Dios en tiempo de prueba o de aflicción, o de alguna hora negra de mi vida. Dios no espera que alguno de nosotros retroceda, sino que marchemos adelante, con firmeza como vencedores, llenos del Espíritu.

La Llamada de Dios por Luchadores

Le hemos pedido muchas cosas a Él esta semana, y ¡Él las ha otorgado tan abundantemente! ¡Hemos recibido tanto de Él! ¿No tiene Él derecho a estos últimos momentos? ¿No tiene Él derecho de hacernos una petición, a ti y a mí? Él te está pidiendo esta noche, por medio de esta preciosa porción de su Palabra, que te entregues a Él para ser un luchador espiritual. Él quiere que regreses de la Convención de Keswick, anhelando entrar en lo rudo de la batalla, anhelando hacer frente a aquella difícil situación que dejaste detrás.

Él te va a utilizar para ganar aquella alma que pudiera ser la última para completar ya el cuerpo de Cristo antes de que Él venga por los suyos. Él te va a utilizar a tu regreso para ayudar a aquel cristiano mundano, descontento y derrotado, a entrar a esta experiencia de la plenitud del Espíritu Santo, para que él también pueda estar preparado para la venida del Señor, si viniera al día siguiente. Esta es la llamada de Dios a ti y a mí esta noche. Es el clamor de su corazón por luchadores espirituales, por guerreros espirituales, que salgan a la lucha que ha de ser más recia cuánto más se acerque la venida del Señor.

¿Diréis esto en el silencio de este momento? «¡Sí, Señor!, me entrego a ti decididamente. Tú has pedido guerreros espirituales. Reconozco que eres el Capitán de los Ejércitos, quien clama por guerreros espirituales. ¡Señor, respondo a tu clamor! Me entrego a ti, y te ruego - si puedes confiar en mí - que me pongas en el frente, donde la batalla sea más recia.»

¿Dirás esto a Dios? Es precisamente lo que Él quiere, y lo que debe, recibir como la gozosa respuesta de nuestro corazón por todo lo que hemos recibido de Él; en los días de esta semana en la Convención de Keswick.